

**Universidad Andina Simón Bolívar  
Sede Ecuador**

**Área de Letras**

**Programa de maestría en Estudios de la Cultura  
Mención Literatura Hispanoamericana**

**Los personajes de la “otra” ciudad  
en *El rincón de los justos*  
y en dos cuentos  
de Huilo Ruales Hualca  
(Marginales y marginalidad)**

**Luis Alberto Rivadeneira Aseicha**

**2004**

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

.....

Octubre, 2004

**Universidad Andina Simón Bolívar  
Sede Ecuador**

**Área de Letras**

**Programa de maestría en Estudios de la Cultura  
Mención Literatura Hispanoamericana**

**Los personajes de la “otra” ciudad  
en *El rincón de los justos*  
y en dos cuentos  
de Huilo Ruales Hualca  
(Marginales y marginalidad)**

**Luis Alberto Rivadeneira Aseicha**

**Tutor: Raúl Vallejo, M. A.**

**Quito, 2004**

El propósito principal de nuestra tesis es estudiar, dentro de las tendencias de la nueva narrativa ecuatoriana, la marginalidad urbana en la novela *El rincón de los justos*, de Jorge Velasco M., y en los cuentos “leyendas olvidadas del reino de la tumentifor” y “el alma al diablo”, de Huilo Ruales H.

Para ello, empezamos por describir el enfoque socio-político que vivió nuestro país en la década de los setenta, cuando, paralelamente a la gran riqueza económica que generó el auge petrolero, se fue gestando la marginalidad social, en especial, a partir de los desplazamientos migratorios que se produjeron hacia los principales polos de desarrollo económico-social: Quito y Guayaquil, y sus consecuencias más visibles como la formación de centros urbanos tugurizados y barrios periféricos.

En este contexto y apoyándonos en las preocupaciones sociales que pudieron dar origen a los relatos seleccionados, en relación con esa época y una cultura determinadas, procuramos reflexionar sobre lo que constituye la marginalidad como problema social, para aproximarnos con este conocimiento al análisis de la propuesta de nuestros autores, que recrean lo marginal –un mundo de injusticia y violencia social– a través de personajes marginales que viven en la “otra” ciudad, la que aparece como zona de asentamiento de la migración rural, especialmente del suburbio guayaquileño o de los barrios populares de Quito. Esa “otra” ciudad, que se construye como infierno o “edén” –engendrada y, a la vez, marginada y condenada por la ciudad modernizada– y sus personajes, que crean sus propios códigos de convivencia, es el mundo marginal que nos cuentan Velasco Mackenzie y Ruales Hualca a través de su visión “estética” de esa realidad.

Para mis hijas:  
**Carla y Érika**  
y también para **Martha**, mi esposa.

A ellas, que me permitieron “robarles”  
parte de su tiempo, de sus sueños e ilusiones.

Y a mis amigos del Centro Cultural Benjamín Carrión,  
por su invaluable apoyo y comprensión.  
Mi agradecimiento.

## Índice

<b>Introducción</b> .....	<b>7</b>
<b>I. La ilusión del “progreso” y la marginación social</b>	
1. Enfoque sociopolítico del Ecuador en la década de 1970. ....	10
1.1. Migración y desplazamientos. ....	17
1.2. Desplazamiento intra-urbano y las invasiones. ....	22
<b>II. Hacia la “otra” ciudad y sus personajes.</b> .....	<b>35</b>
2.1. La marginalidad .....	36
2.2. La exclusión social .....	42
2.3. Los marginales .....	46
<b>III. La violencia</b> .....	<b>58</b>
<b>IV. Infiernos o “edenes”</b> .....	<b>71</b>
<b>Conclusiones</b> .....	<b>93</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>100</b>

## Introducción

A partir de 1970, la narrativa ecuatoriana deja atrás las preocupaciones y temáticas de la literatura de la generación del treinta y empieza una manera diferente de abordar la realidad en sus cuentos y novelas. Esta fase es la denominada “nueva narrativa ecuatoriana”, que se encamina hacia una interiorización más elaborada de la problemática social y su configuración literaria.

Por entonces, la vida socio-política del Ecuador se ve alterada por las dictaduras de José María Velasco Ibarra, Guillermo Rodríguez Lara y un triunvirato que culmina con el retorno a la democracia en 1979. En este período, y debido al auge petrolero, se dan ciertos procesos de industrialización, ascenso social de algunos sectores y el desplazamiento de la gente del campo a las principales ciudades, Quito y Guayaquil, donde se va gestando la marginalidad social propia de los centros urbanos modernos. Empiezan también las tentativas de modernización que, contrariamente a lo que pretendían, contribuyeron más bien a agravar la crisis social del país.

Nuestro trabajo intenta estudiar un momento de la narrativa ecuatoriana –el de lo marginal urbano– a través de una pregunta básica: ¿cómo “viven” y se expresan los personajes de la marginalidad? Para ello, hemos seleccionado la novela *El rincón de los justos*, de Jorge Velasco Mackenzie, y los cuentos “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor” y “el alma al diablo” de Huilo Ruales Hualca, pues son obras que recrean personajes de la marginalidad urbana en la “otra” ciudad, la ciudad oculta, la que aparece como zona de asentamiento de la emigración rural, ya sea del suburbio guayaquileño o de los barrios populares de Quito.

Para responder a la pregunta central, partimos del hecho de que una obra literaria es al mismo tiempo una historia y un discurso: historia porque evoca una

determinada realidad de acontecimientos que pudieron suceder y de personajes que pueden confundirse con los de la vida real; y discurso, en cuanto interesa cómo el narrador nos cuenta esa historia. A través de estos elementos, hemos pretendido acercarnos al significado del mundo marginal recreado por Jorge Velasco y Huilo Ruales, tratando de apoyarnos en las preocupaciones sociales que pudieron dar origen a sus textos, en relación con esa época y una cultura determinada.

Para ello, la sociología urbana –ciencia que ofreció novedades y no pocas dificultades– fue un soporte fundamental en la realización de nuestra tarea. Gracias a ella, pudimos entender la marginalidad social que trabajan nuestros autores: una marginalidad vinculada al sistema económico-social predominante en nuestra sociedad –y en la latinoamericana en general–, que empezó a ser notoria con la emigración de la gente del campo a las ciudades, cuando la pobreza y la exclusión afectaron a vastos sectores de la población que fueron relegados de los bienes y servicios indispensables para su subsistencia. Esto significa que la marginalidad se da entre un grupo social en relación con la sociedad de la cual ese grupo se considera excluido; de ahí que los marginados reclamen una participación en aquellas esferas –económica, social o política– que debieran estar dentro de su radio de acción y acceso. Sin embargo, el proceso de exclusión, que ha llevado incluso a la indigencia de una gran parte de la población, dice de una sociedad de bienestar, en la práctica, engañosa e inaccesible para todos.

Con estos elementos, abordamos la marginalidad que atraviesa la narrativa de los autores seleccionados en las características y variantes de sus personajes en la “otra” ciudad, de sus procesos de cambio (vida de tugurios a suburbios, desempleo, subempleo, indigencia) y metamorfosis (traumas personales, promiscuidad, violencia, etc.), que los dejan al margen de cualquier tipo de desarrollo económico, social o político. La ciudad modernizada, basada en

supuestos logros del progreso, ha engendrado la “otra” ciudad, marcada y estigmatizada, con sus propios códigos de convivencia, esa de la cual los personajes de Velasco Mackenzie y Ruales Hualca nos cuentan desde una visión, más bien poética, que concierne a su mundo marginal.

Así, este trabajo sobre la marginalidad urbana en nuestro país pretende, además, contribuir a revalorar la apreciación de la literatura ecuatoriana de la segunda mitad del s. XX, dentro de las propuestas temáticas, estilísticas y sociales en que se ha ido desarrollando, y en las cuales la presencia de lo marginal (con su fisonomía, variantes y metamorfosis) y el uso o recuperación de lo popular, “pero desde adentro, enraizado en una psicología social, o aun más, en un habla”\*, es parte constitutiva de esas búsquedas.

---

\* Miguel Donoso Pareja, *Nuevo realismo ecuatoriano*, p. 105.

## I. La ilusión del “progreso” y la marginación social

Ciertos acontecimientos sociopolíticos de la década de 1970 fueron configurando una realidad ecuatoriana de opulencia inesperada que, muy pronto, dio paso a una pobreza extrema que, paulatinamente, se extendió a amplios sectores de la población. Esta situación persistió en esa década y continuó en la siguiente, la década perdida de CEPAL, debido principalmente a una política discriminatoria –e incluso represiva– ejecutada por los gobiernos de ese entonces.

En ese contexto, la literatura del Ecuador –y la de América Latina en general– no pudo escapar a algunos ideales sociopolíticos que, en cierta medida, marcaron el quehacer literario de sus escritores e intelectuales. Este es el caso, creemos, de los autores y textos que trataremos de analizar en este estudio: Jorge Velasco M. con *El rincón de los justos* (novela, 1983), y Huilo Ruales H. con “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor” y “el alma al diablo”, cuentos del libro *Fetiché y fantoche* (1994), obras que comparten condiciones sociopolíticas similares, pero sobre todo una sensibilidad semejante frente a los acontecimientos de su tiempo.

### 1. Enfoque sociopolítico del Ecuador en la década de 1970

“Ayudar a los pobres para salvar a los ricos”

Fue por las décadas de los sesenta y setenta, cuando por América Latina estuvieron en boga las teorías de la “modernización”, que proponían el desarrollo económico y social de los países latinoamericanos a través de la repetición del esquema de modernización política seguido por los países del Atlántico Norte que, según la caracterización de Barrington Moore Jr. (1966), habían tomado la “ruta

democrática” hacia la modernización. En estos países, en efecto, la modernización económica y social estuvo acompañada por una creciente democratización e igualdad política, y se llegó a suponer que los países del “tercer mundo” podían seguir una vía de desarrollo semejante<sup>1</sup>. Sin embargo, la presencia de gobiernos militares que resquebrajaron la aparente democracia en la América Latina de esa época, en cierta medida cuestionó la posibilidad de hallar nexos entre la modernización y el cambio político en esta región.

En realidad, como las condiciones sociopolíticas de América Latina eran diferentes de los países del “primer mundo”, se entendió que la modernización no era un proceso social universal que pudiera producir los mismos efectos en todas las regiones del mundo. Si bien en los Estados Unidos y Europa se había logrado tanto el desarrollo económico como político y social, en el sentido de una mayor democratización y una creciente integración de los estratos bajos de la población<sup>2</sup>; este proceso no podía operar de manera semejante en América Latina, se debían crear las condiciones básicas necesarias para que ello así ocurriera. Sin embargo, se insistió en aquellos supuestos, en aquellos impulsos modernizadores que, en corto plazo, ahondaron la conflictividad social, provocando más bien crisis políticas y sociales con efectos regresivos y desestabilizadores.

La sociedad latinoamericana de aquel período era considerada como "tradicional", y debía ir hacia el cambio social de la "modernización", que “estaba asociada a la empresa, a la inversión, a la producción industrial como eje de la estructura productiva; al mercado, al empleo asalariado estable; a la vida urbana organizada en esos términos y predominante sobre el campo; al universalismo de la

---

<sup>1</sup> David Collier, *Barriadas y elites: de Odría a Velasco*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978, p. 18. (Versión castellana: Leonor León de Williams)

<sup>2</sup> Hans Werner, “Procesos de modernización y marginación social y política: el caso de México porfirista”, en Martín Lienhard y Juan Rigoli, coord., *Culturas marginadas y procesos de modernización en América Latina*, Société suisse des Américanistes, Bulletin 59-60, 1995-1996, p. 37.

cultura urbana; al estado liberal y a la ciudadanía”<sup>3</sup>. Se creía que este “proceso histórico” era “necesario”; mas sucedió que parte de la población que dejaba la sociedad tradicional, al no lograr insertarse plenamente en la “moderna”, o que ofrecía “resistencia al cambio”, tuvo que quedarse fuera y, más bien, ser “marginada” de la sociedad. Es decir, en cierta manera se obligaba a la sociedad “moderna” a reestructurarse “marginando” a una parte de la población que provenía de la sociedad “tradicional”. En consecuencia, este proceso de cambio empezó por generar aquellos sectores sociales sin empleo estable ni ingresos suficientes; por lo que la intervención del Estado se constituía en algo necesario con el fin de ayudar a los “marginados” a insertarse en la “modernidad”. En otras palabras, todavía la “marginación social” no era considerada como un problema de la sociedad y que, por lo mismo, su solución requería de medidas y cambios estructurales del Estado.

Precisamente en esas décadas (60 y 70), el Ecuador empezó a despertar hacia la modernización que se le ofrecía como parte del mundo y, para ello, se abrió hacia el comercio, las finanzas y la tecnología contemporáneas. Esto trajo como consecuencia algunos cambios notables que se expresaron en nuestra sociedad con un acelerado proceso de urbanización, la expansión del aparato estatal, el crecimiento de los sectores sociales medios, cierto “despegue” industrial con la consiguiente ampliación de la masa proletaria, la expansión de las actividades terciarias, y la “explosión” estudiantil, especialmente universitaria<sup>4</sup>. Habría que agregar la difusión de los medios de comunicación, especialmente de la televisión.

José María Velasco Ibarra, que había sido elegido en 1968 para su quinto período presidencial, se proclamó dictador el 22 de junio de 1970. En realidad, el proyecto de modernización capitalista incubado por la Alianza para el Progreso bajo

---

<sup>3</sup> Aníbal Quijano, “Marginalidad e informalidad en debate”, en *Memoria*, revista mensual de política y cultura, n. 131, enero 2002. (URL: <http://www.memoria.com.mx/131/quijano.htm>)

<sup>4</sup> René Báez, “La quimera de la modernización”, en Varios Autores, *Ecuador: pasado y presente*, 1ª edición actualizada, Quito, Libresa, 1995, p. 171.

el lema “ayudar a los pobres para salvar a los ricos”, no había dado los resultados esperados y el malestar era generalizado. La estructura del agro no había cambiado y tampoco se contaban con los recursos necesarios para impulsar la modernización. En tales circunstancias, Velasco Ibarra tuvo que recurrir para intentar resolver el déficit fiscal al consabido “programa” de ajuste económico.

Sin embargo, en febrero de 1972, el comandante general de las FF. AA., general Guillermo Rodríguez Lara, depuso a Velasco Ibarra y, aceptando el título de presidente, asumió el poder absoluto. Propuso entonces un Plan de Gobierno Nacionalista y Revolucionario integrado por dos documentos principales: “Principios filosóficos y plan de acción de gobierno” y “Plan integral de transformación y desarrollo”, con ligeras tendencias progresistas de izquierda puestas en marcha por el general Juan Velasco Alvarado en el Perú<sup>5</sup>. Sin olvidar otras experiencias regionales como el gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende, en Chile, y el ensayo reformista y popular de Juan José Torres en Bolivia.

El impacto de la explotación y exportación del petróleo se tradujo en una verdadera eclosión de las magnitudes económicas nacionales. “El producto interno bruto se incrementa al 8% en 1972, 18% en 1973 y 16% en 1974. Las exportaciones que en 1971 habían alcanzado los 243 millones de dólares, gracias al ‘oro negro’ se elevan a 323 en 1972, 575 en 1973 y 1050 millones en 1974. El presupuesto estatal se incrementa desde 5100 millones de sucres en 1971 a 11400 en 1974 y 15700 millones en 1975”. Esta nueva situación permitió al Ecuador una readecuación al sistema económico mundial, pues si con el modelo agro-exportador el país se integraba al mercado mundial con la intermediación de la oligarquía comercial y bancaria nacional, que obviamente obtenía los mayores beneficios en esa función,

---

<sup>5</sup> Jorge Salvador Lara, *Breve historia contemporánea del Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 526-27. Según Simón Espinosa, *Presidentes del Ecuador* (Vistazo, 1998), las fuerzas armadas ecuatorianas habían visto con interés la reforma nacionalista iniciada por el general peruano en 1968.

“la explotación petrolera, debido a la propiedad estatal sobre ese recurso, convierte al Estado en la pieza clave de esa articulación”<sup>6</sup>.

La bonanza petrolera le permitió al gobierno nacionalista una mayor permanencia en el poder: la explotación y exportación del petróleo se convirtieron en eje fundamental de la economía del país, favoreciendo, además, a una serie de organismos y entidades estatales, la expansión de las universidades y otros. El incremento de la capacidad financiera del sector público –entre 1972 y 1974– aumentó también su capacidad de gasto, sea en rubros administrativos y asistenciales como en inversiones de infraestructura o productivas; pero también estimulando la oferta privada de bienes y servicios<sup>7</sup>. Además, se estableció un conjunto de políticas de Estado que favorecerían, a través de créditos, exoneraciones y estímulos arancelarios y tributarios, a diversas fracciones de la burguesía local y extranjera.

A todo esto, se suma una “inusitada” corriente de inversiones extranjeras: el capital externo se ubica ahora en los sectores modernos (industria, construcción, banca, seguros, etc.); y, al ponerse en marcha del proceso de integración andina (1969), el Ecuador se convierte en campo atractivo para la inversión foránea<sup>8</sup>: la mayor parte de esta inversión provenía de los Estados Unidos, cuyas grandes transnacionales –que llegaron como invasión– se instalaron en el país.

Estos hechos configuraron y sustentaron la excepcional coyuntura económica del Ecuador de 1972 y 1973. Hubo creación de puestos de trabajo (aunque también corrupción en los contratos públicos); se intentó una nueva ley de Reforma Agraria que no prosperó por intereses de los latifundistas; y se realizaron varias obras de importancia como el inicio de la construcción del complejo Hidroeléctrico Paute y la

---

<sup>6</sup> René Báez, *op. cit.*, p. 175.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 175.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 176.

creación de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE), afiliada a la OPEP en 1973. Sin embargo, aunque Rodríguez Lara incrementó las asignaciones para las distintas áreas de acción estatal (servicios generales, desarrollo social, desarrollo económico, etc.), fueron recursos, en su mayoría, utilizados “en forma superflua o mal planificada”<sup>9</sup>. Esto significó, que se dejara pasar una inmejorable oportunidad para llevar al Ecuador a un Estado de bienestar para la mayoría de sus habitantes, solucionando los problemas de atraso y pobreza social, sobre todo, a través de una mejor redistribución de la riqueza.

Con el fin del “milagro ecuatoriano”, las presiones internas y externas, debido a la contracción de las ventas de petróleo, determinaron el retorno de las convulsiones naturales a una modernización capitalista contrahecha y subordinada<sup>10</sup>. Es decir, a una economía regida por intereses foráneos y que, según Alejo Carpentier, del descubrimiento de yacimientos petroleros, se había pasado de la opulencia de unos cuantos años a la banca rota y a la transformación de sus habitantes<sup>11</sup>, la mayoría en dirección hacia la pobreza. Desfinanciado el presupuesto del Estado, no quedó otro recurso que los préstamos internacionales. Terminados los “buenos tiempos”, los trabajadores, que habían sentido las consecuencias del descomunal ascenso de la inflación y los síntomas de desempleo, fueron los primeros en protestar.

El Consejo Supremo de Gobierno, un triunvirato militar presidido por el contralmirante Alfredo Poveda Burbano, sucedió a Rodríguez Lara. A más de los ingresos petroleros, este gobierno obtuvo recursos mediante una “agresiva política de endeudamiento” para continuar planes de vivienda popular, y una discreta obra

---

<sup>9</sup> Enrique Ayala Mora, *Resumen de Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1993, p. 107.

<sup>10</sup> René Báez, *op. cit.*, p. 181.

<sup>11</sup> Alejo Carpentier, “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en *Tientos y diferencias*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1987, p. 16.

pública. Por su parte, el sector privado ecuatoriano también ingresó al mercado internacional de capitales: industriales, empresas constructoras, comerciantes, etc., obtuvieron cuantiosos préstamos en dólares de bancos privados extranjeros, que a diferencia de las condiciones del crédito nacional, eran prestaciones con altas tasas de interés y a plazos cortos. “Estas condiciones hacen que en poco tiempo los montos de los desembolsos por intereses y amortizaciones se disparen y que se genere la crisis de la Deuda Externa”<sup>12</sup>. Como consecuencia, muchas empresas comerciales e industriales tuvieron que despedir trabajadores, y éstos debieron generarse algún tipo de empleo en el sector informal. Además, los sectores tradicionales apenas crecieron, o más bien se estancaron, determinando que el número de asalariados disminuyera en relación con los trabajadores informales.

Sin embargo, en esta época, el Ecuador entró de lleno al mercado mundial, no por un cambio cualitativo en su condición de país exportador de materias primas –banano, cacao, café, etc.–, “sino más bien por el creciente monto de los ingresos producidos por las exportaciones petroleras”, lo que revitalizó la economía, logrando que las exportaciones totales “crecieran de casi 190 millones de dólares en 1970 a 2.500 millones de dólares en 1981: un aumento de más de tres veces”<sup>13</sup>. Por otra parte, los créditos llegaron no sólo por la garantía de pago con ingresos petroleros, sino porque ya “existían las condiciones propias de una nueva fase de expansión financiera mundial”, que explica de mejor manera el acelerado proceso de endeudamiento de los países latinoamericanos en esos años. (Acosta: 103)

Además, se practicó un esquema económico al servicio de la burguesía, es decir de los grupos familiares y empresariales ligados al capital nacional y extranjero –como se lo sigue haciendo hasta ahora–. De ahí que incluso se implementara una

---

<sup>12</sup> Alfredo Becker, Paúl Velasco y Gaitán Villavicencio, *Pobreza urbana. Los desafíos de la economía popular en una etapa de crisis*, Guayaquil, CER-G/ FIA, 1990, p. 40.

<sup>13</sup> Alberto Acosta, *Breve historia económica del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1998, p. 101.

institucionalidad represiva que funcionó a través del imperio de la Ley Militar, la expedición de una ley de Seguridad Nacional (inspirada en su homóloga brasileña), la supresión del derecho de Habeas Hábeas, el congelamiento de salarios y decretos en contra del sector obrero<sup>14</sup>. Este contexto fue propicio para que se expulsara a obispos latinoamericanos progresistas (reunidos en Riobamba para analizar la situación latinoamericana), la masacre de Aztra (18 de octubre de 1977), la persecución y asesinato de políticos (Abdón Calderón Muñoz, por ejemplo, asesinado el 28 de noviembre de 1978), etc.

Para 1978, los planteamientos del movimiento nacionalista militar habían perdido fuerza. Los gobiernos militares –si bien presionados por los grupos de poder económico– demostraron no ser la solución para los problemas de la sociedad ecuatoriana. Así, en agosto de 1979, con el triunfo del binomio Jaime Roldós-Osvaldo Hurtado, que tuvo la adhesión “no solamente de los sectores sociales para los cuales la bonanza petrolera nunca fue más que un distante espejismo, sino también de estratos medios y profesionales en trance de irresistible depauperación”<sup>15</sup>, se inició el retorno al régimen “democrático”.

### 1.1. *Migración y desplazamientos*

El intento de Reforma Agraria de 1974, y antes el de 1962, que acentuó la crisis del sector agro exportador, más el *boom* petrolero produjeron grandes cambios tanto en la complejidad y expansión del Estado como en el nuevo proceso de urbanización. Las ciudades de Quito y Guayaquil, poseedoras de gran parte de la riqueza nacional, se convirtieron en centros de atracción para una gran cantidad de emigrantes que buscaban mejorar sus condiciones económicas, educativas y de

---

<sup>14</sup> René Báez, *op. cit.*, p. 190.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 193.

movilidad social<sup>16</sup>. Sin embargo, debido a las circunstancias anotadas, la migración más bien contribuyó al crecimiento del sector informal<sup>17</sup>, ya sea como obreros de la construcción, cargadores, vendedores ambulantes, trabajadores por cuenta propia, o en servicios como conductores de medios de transporte, etc.

En realidad, el proceso migratorio no es nuevo en el Ecuador. Así por ejemplo, se puede observar que a inicios de la República la tendencia del movimiento poblacional fue de la Sierra a la Costa, debido a que esta región mostró un mayor dinamismo y proyección hacia el exterior e incorporó tierras para la producción a lo largo de la historia republicana. Este proceso se aceleró, primero, con el auge cacaotero (fines de siglo XIX y comienzos del XX) y, después, con el auge bananero (entre 1948 y 1960)<sup>18</sup>. En estos períodos, los habitantes de la Sierra que emigraron a la Costa en busca de trabajo, fueron testigos y protagonistas del aumento de la población de esa región y del rápido crecimiento de ciudades como Guayaquil, pero también de un régimen de libre contratación y de salarios, diferente al que se daba entre latifundistas y campesinos serranos<sup>19</sup>.

Con *A la Costa* (1904), de Luis A. Martínez, “la novela nacional empieza a ser documento cabal de sociología”<sup>20</sup>, y refleja como su título refiere, el desplazamiento de la población serrana hacia la Costa, en busca de un mejor porvenir. En efecto, Salvador inicia el viaje al litoral porque no ha podido encontrar trabajo en Quito y llega a Guayaquil, “la ciudad soñada por todos los desheredados de la esquiava

---

<sup>16</sup> Para 1982, Guayaquil tuvo alrededor de 1'200.000 habitantes y Quito 866.000. Es decir, en ellas se concentró la cuarta parte de la población ecuatoriana y la mitad de la población urbana del país. De la población de Guayaquil, 416.000 eran inmigrantes que procedían de otros lugares del país (36%); en Quito, fueron 333.000 (33%) personas. (*Migraciones internas en el Ecuador*, Centro de estudios de población y paternidad responsable -CEPAR, Quito, junio 1986, p. 30)

<sup>17</sup> César Alarcón Costa, *Sector informal: ¿Problema o solución?*, Quito, Fundación Ecuatoriana de Desarrollo (FED), 2ª edición, 1990, p. 27.

<sup>18</sup> Álvaro Sáenz, “Población y migraciones en los ciento cincuenta años de vida republicana”, en *Economía. Ecuador: 1830-1980*, Libro del sesquicentenario, t. III, Quito, Corporación Editora Nacional, 1983, pp. 101-102.

<sup>19</sup> Estudio de Diego Araujo, en Luis A. Martínez, *A la costa*, Quito, Libresa, 1989, p. 10 (Colección Antares, n. 2)

<sup>20</sup> Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 112.

fortuna”, y ve en ella “la ciudad del oro, del trabajo, de la actividad; pero él, Salvador Ramírez, ¿podría alguna vez ser alguno de esos mimados de la suerte que llegan pobres y mueren ricos y considerados?... El porvenir sólo podría contestar esta pregunta, y el porvenir es una esfinge impenetrable cuando no sañuda...”<sup>21</sup> Salvador consigue trabajo de mayordomo en la hacienda El Bejucal, productora de cacao, pero desgraciadamente su suerte será padecer los rigores del clima y de la gente costeña, enfermará de paludismo y morirá con la esperanza de un país integrado.

Posteriormente, también otras obras dirán de la migración como un fenómeno social importante, tal vez ya no de una región a otra del país, sino en una misma región, como es el caso de *En las calles* (1935), de Jorge Icaza, en la cual queremos detenernos para anotar ciertos aspectos que nos permitirán aproximarnos al tema de nuestro estudio.

Si bien esta novela fue de inspiración política, según nos dice su autor, porque le interesó denunciar lo sucedido en la llamada “guerra de los cuatro días”, donde “el pueblo desorientado sale a las calles y toma el fusil y se deja morir por un latifundista”<sup>22</sup>, encontramos otros elementos que nos son de utilidad para nuestro propósito. Por ejemplo, el desplazamiento de los habitantes de un pueblo a la ciudad de Quito, donde se advierten los comienzos de la industrialización, la consecuente formación de un incipiente proletariado y los primeros conflictos laborales debido a la explotación de que son objeto los obreros.

En efecto, todo empieza con la división de aguas en Chaguarpata: el latifundista Luis Antonio Urrestas se ha llevado el agua del río para su hacienda, El Penco, dejando al pueblo que muera de sed y hambre. Pues, “como va’sembrar

---

<sup>21</sup> Luis A. Martínez, *A la Costa*, Quito, ed. cit., p. 169.

<sup>22</sup> Entrevista a Jorge Icaza, en Enrique Ojeda, *Ensayos sobre las obras de Jorge Icaza*, Quito, CCE, 1991, p. 124.

harto con los tractores nesita regar los arenales de Tiopamba”<sup>23</sup>. Incluso “como nesita terreno para sembrar con esos tractores qui’a traído, élé aura ca manda sacando a los indios de las chozas... A nosotros tan..., al pueblo de Chaguarpata, élé, no nos quita el agua?” (p. 19) Es decir, la modernización del campo va desplazando la mano de obra campesina y, como también carece de agua, resulta difícil poder sobrevivir; peor si la gente está enferma.

Tras diez años de espera sin solución de parte de las autoridades, la gente se levanta para protestar, pero son reprimidos por la policía. Se busca a los cabecillas: Manuel Játiva logra escapar con la ayuda de su esposa Consuelo, quien, tras ser golpeada por un policía, muere, dejando huérfano a su hijo Francisco, quien será llevado a la capital por el zapatero Ambrosio Yánez, cuando junto a la familia éste abandone el pueblo. Allá Francisco se convertirá en el policía número 120 y conocerá que su padre ha muerto en Babahoyo. El otro cabecilla, Ramón Landeta, tampoco es capturado y reaparecerá luego en los conflictos laborales de la fábrica de tejidos creada por Urrestas y asociados.

Ante esta realidad, a los habitantes de Chaguarpata no les queda otra alternativa que huir, “que no querían decir que era una huida, era una expulsión, un ponerse a salvo del zumbido flagelador, prisión custodiada por las drogas: cura, autoridad y amo”. Y huían una noche, “atraídos por las fantásticas promesas de la ciudad: llorando los guaguas, lamentándose las mujeres, carajeando los hombres”. (p. 85) Así, al anochecer de un día que no supieron cuál era, “entraron en el dédalo de las calles de la ciudad, más intrincado y temible que el de la selva y la montaña.” (p. 87) Pues allí descubrirían nuevos espacios y experiencias como barrios pobres y el agitarse y bullir de los trabajadores en las fábricas.

---

<sup>23</sup> Jorge Icaza, *En las calles*, Quito, Imprenta Nacional, 1935, p. 9. (La edición posterior de La Casa de la Cultura de 1959 -y que es la misma que sigue la de El Conejo- tiene significativas variantes respecto de la que estamos manejando. Anotaremos de acuerdo a la edición indicada.)

La ceremonia de inauguración de la fábrica trae para el señor Urrestas muchas felicitaciones, pues habrá “cooperación mutua entre patrones y obreros”, una “caja de ahorros”, “comedores para obreros”, como en Inglaterra o Estados Unidos. Se piensa incluso “implantar la cadena Ford...” (p. 110), etc. Pero pronto vendrá la desilusión: la maquinaria que compró don Luis Antonio era de segunda mano, pues trataba de ahorrar el dinero de los gastos; ello traería inconvenientes en el normal funcionamiento de la fábrica. Algunos accionistas se separan y, para salvar su honradez con “la lana del mismo perro”, Urrestas decidió hacer algunos ahorros como destruir los comedores –que provoca la aparición de puestos de comida alrededor de la fábrica–, rebajar salarios, aumentar horas de trabajo e instalar turnos de veladas; a cambio de lo cual los obreros tendrían la caja de ahorros descontando un porcentaje de sus mismos salarios y multas por atrasos. (p. 125) Como lógica consecuencia se darán los primeros conflictos laborales, despidos y huelgas, que es lo que se gana, según Urrestas, al crear una fábrica “para dar de comer a este pueblo imbécil”. (p. 184)

También *El éxodo de Yangana* (1949), de Ángel Felicísimo Rojas, da cuenta de una sublevación –ciento sesenta familias– en Yangana por problema de tierras, y la búsqueda de porvenir en otro lugar. De los apuntes escritos por el gringo Spark, se conoce que las tierras más fructíferas y productivas están en poder de tres propietarios presididos por Gurumendi. La explotación de que son objeto las familias incita al levantamiento y asesinato, lo que finalmente provoca el “éxodo” de todo el pueblo en búsqueda de libertad y la construcción de su propia historia.

Observamos, entonces, que son problemas sociales o naturales en los lugares de origen, la carencia de una respuesta adecuada al problema de tierras o por el atractivo de los principales polos de crecimiento (Quito y Guayaquil), que las personas empiezan a movilizarse de una región a otra del país, o del campo a las

ciudades. Fenómeno que se acentuará en la década de los setenta, provocando un mayor crecimiento poblacional de las zonas urbanas, especialmente en la región de la Costa, y que además empieza a extenderse hacia fuera del país, en particular hacia los Estados Unidos, como consecuencia de la falta de empleo y oportunidades para salir de la pobreza y la miseria que se iban extendiendo en nuestra sociedad.

### 1.2. *Desplazamiento intra-urbano y las invasiones*

Sin duda, las invasiones en nuestro país han tenido un matiz político electoral y han sido la consecuencia de no poder cumplir promesas de campañas (trabajo, vivienda, mejor calidad de vida), hallándose la solución más fácil y barata, por parte de los gobiernos, en regalar tierras que no les pertenecían. El velasquismo iniciaría las invasiones, Carlos Guevara las sistematizaría, pero otros las aprovecharían<sup>24</sup>.

Cuando los emigrantes llegan a una ciudad, no se ubican directamente en los llamados barrios suburbanos; previamente han tenido un período más o menos largo de residencia y adaptación en el centro de la ciudad. Por ello, la formación de barrios suburbanos vendría a constituir un fenómeno intra-urbano, pues, en cierta medida, se alimenta de “nativos de la ciudad”, con ciertas costumbres y formas de vida adoptadas en la ciudad. (Estrada: 233)

En la década de 1970, el crecimiento de la ciudad de Guayaquil se orientó hacia el sur con la ocupación del Guasmo; hacia el norte, las áreas privadas de Mapasingue y Prosperina en la vía Daule; y hacia el este, la parte norte de la parroquia de Durán<sup>25</sup>. Paralelamente, surge “un grupo moderno empresarial en el manejo del suelo y en la construcción (reconquista del casco comercial, destrucción

---

<sup>24</sup> Julio Estrada Ycaza, *Regionalismo y migración*, Guayaquil, Archivo Histórico del Guayas, 1977, p. 230.

<sup>25</sup> Gaitán Villavicencio, “El desfase de un proceso urbano: el caso de Guayaquil”, en: Fernando Calderón, Rafael Castro Abad, Diógenes Díaz, et. al., *Guayaquil: realidades y desafíos*, Quito, Cordes, s.f. (aprox. 1989-90), p. 36.

de vivienda tradicional, grandes promotores inmobiliarios)”, que modelará la cara de la ciudad “arrastrando en su marcha a sectores sociales medios y altos hacia Entreríos, Puntilla, Alborada, Ceibos, Puerto Azul, etc.”<sup>26</sup> En este proceso de “renovación urbana”, el Estado, a través de la Junta Nacional de la Vivienda, también entró a participar, y no sólo en la circulación de la vivienda sino como constructor, si bien dejando la urbanización de la tierra en manos del sector privado. De ahí que, a partir de 1973, en los terrenos expropiados a Juan Marcos, se localizó la mayor parte de su acción habitacional<sup>27</sup>.

El Guasmo –o mejor los Guasmos– situado al sureste de la ciudad de Guayaquil, se formó en 1964 sobre una antigua hacienda expropiada a Juan X. Marcos por el Estado. Estaba ocupada por nueve familias, las que al solicitar al Municipio la instalación de la canalización de agua, obtuvieron como respuesta el rechazo del pedido pues resultaba muy alta la inversión para tan pocos habitantes. Siguiendo los consejos de la Municipalidad, esas nueve familias hicieron saber a sus parientes y amigos que buscaban terrenos no ocupados, “que la invasión de este amplio sector permitiría ejercer presión sobre las autoridades municipales para mejorar las infraestructuras. La parte norte (60 hectáreas) fue invadida primero, luego, poco a poco, los sectores central, sur y oeste también fueron ocupados”<sup>28</sup>.

Según un estudio realizado en 1981, antes de ir a vivir en el Guasmo, el último lugar de residencia, para un 75% de padres de familia, estuvo ubicado en Guayaquil, principalmente en el centro tugurizado, por lo que, en este caso, podemos hablar de migraciones esencialmente intra-urbanas. El conjunto del Guasmo es heterogéneo; luego de 1976, su ocupación fue relativamente ordenada

---

<sup>26</sup> Comentarios del sociólogo Raúl Egas a la ponencia: “El desfase del proceso urbano de Guayaquil”, en *op. cit.*, p. 89.

<sup>27</sup> Milton Rojas y Gaitán Villavicencio, *El proceso urbano de Guayaquil, 1870-1980*, ILDIS-CER-G, 1988, p. 143.

<sup>28</sup> Henry René Godard, *Quito, Guayaquil: Evolución y consolidación en ocho barrios populares*, Quito, IFEA-CIUDAD, 1988, p. 57.

por la acción de pre-cooperativas relativamente sólidas. Las viviendas están construidas de caña y los lotes no rellenados son periódicamente afectados por las inundaciones. (Godard: 58)

“... el escritor que hace política no ha podido, entre nosotros, evitarse de llevar a sus libros la pasión de su lucha política.”  
 Ángel F. Rojas

Era muy difícil que la realidad social anteriormente descrita, no pudiera, o no debiera, estar presente en la narrativa de nuestro país o de Latinoamérica. Pero es necesario anotar que la incorporación de esa realidad en *El rincón de los justos*, está al servicio de la novela y no al contrario. Cabe recordar lo que nos dice Miguel Donoso, respecto de las cofunciones de la nueva novela:

... el sistema novela puede utilizar funciones constructivas del sistema Historia, del sistema Política o de la Sociedad, etcétera, pero sin ponerse al servicio de la Historia, la Política o la Sociología, sino al contrario, apropiándose de factores constructivos ajenos que entran, como cofunciones, a beneficiarlo y a robustecerlo, de acuerdo a su autonomía y especificidad.<sup>29</sup>

Y esto es lo que sucede con la novela de Velasco Mackenzie, aunque la parte que nos muestra de esa realidad –la invasión al Guasmo– no sea un hecho tangencial en la misma. De ahí que, por otra parte, Cecilia Ansaldo exprese que “una vez más, la literatura nos llega como recurso para ampliar el estrecho círculo vivencial de cada lector, para re-descubrir la realidad”. Y agregue: “El lector burgués tendrá más de una sorpresa al conocer Matavilela (...) Que su voz complete el concierto de voces que emergen de ella y redondee esta invitación al diálogo, al juicio, a la discusión que es cada libro nuevo”<sup>30</sup>.

<sup>29</sup> Miguel Donoso Pareja, *Nuevo realismo ecuatoriano*, Quito, Eskeletra, 2002, pp. 29-30.

<sup>30</sup> Cecilia Ansaldo, “El rincón de los justos”, en *Cuadernos*, Revista de la Escuela de Literatura de la Universidad Católica de Guayaquil, n. 12, agosto, 1984, año 7, p. 5.

Y es que si nos ubicamos en el contexto literario de entonces, no estábamos tan lejos de la época en que muchos escritores de Latinoamérica se habían sumado a la llamada “literatura de compromiso”, que diera impulso la revolución cubana, primero y, alentara después, la sandinista de Nicaragua, convencidos de que la literatura podía contribuir a modificar un orden social injusto. El propio Velasco, en una entrevista posterior a haber ganado el Premio Nacional de Novela “Grupo de Guayaquil” por su novela *Tambores para una canción perdida*, afirmaba: “Por lo demás, seguiré vivo, cada día doliéndome del país e intentando escribir la otra realidad, buscando modificarla con esa aventura que se da entre palabras y que se llama literatura”<sup>31</sup>.

En todo caso, en cierta medida, esa literatura permitió un acercamiento a la realidad cotidiana, luego de comprender que no era posible “regresar a los orígenes y beber de las fuentes aún vivas” de la América mágica o revolucionaria. Las visiones críticas de los procesos revolucionarios y del espíritu que los había alentado, dieron como resultado relatos significativos en este sentido. Sin necesidad de cambiar de posición política, se dio paso a una orientación más intimista que se fortaleció en los ochenta, mientras las dictaduras del Cono Sur llegaban a su fin. La narrativa se fue refugiando en la memoria “frente a un mundo dominado por el escepticismo, la claudicación y el oportunismo, en democracias controladas por las fuerzas transnacionales del gran capital, degradadas por el consumismo y la frivolidad de los medios de comunicación de masas”<sup>32</sup>.

El escritor, libre para elegir sus temas y técnicas narrativas, prefirió la autonomía de la ficción sin alejarse de lo cotidiano y de la problemática del hombre sencillo dentro de la realidad social que le tocó vivir. Entonces, “la atención prestada

---

<sup>31</sup> “Velasco: El premio mayor”, *Vistazo*, n. 436, octubre 18, 1985, p. 96.

<sup>32</sup> Teodosio Fernández, “Narrativa hispanoamericana del fin de siglo. Propuesta para la configuración de un proceso”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 604, Madrid, octubre de 2000, p. 11.

al cine, a la novela erótica y policial, a la música popular y otras fuentes de inspiración ‘subliteraria’, adquiere profundo significado”. Y lo que parecía “la búsqueda de una literatura menor, orientada a la distracción del lector”, en los años ochenta fue “una opción para ver la realidad desde actitudes descreídas e incluso cónicas, con frecuencia suavizadas por la ternura, el humor o la nostalgia”. Sin duda, las novelas “totales”, las del *boom* literario, que habían pretendido la interpretación de Hispanoamérica, de un país o de una época, habían quedado atrás<sup>33</sup>.

Creemos que en la escritura de *El rincón de los justos* hay dos momentos, que se separan por la realización del viaje de Jorge Velasco a España (1979), gracias a una beca que le otorgara el Círculo de Lectores. Y esto lo podemos deducir de la misma novela, ya que si bien sus acontecimientos se desarrollan en torno al hecho de la muerte del cantante popular Julio Jaramillo (sucedido en 1978), antes de que empiece el incendio en la vivienda de Mañalarga, un periódico nos trae la noticia de la guerra de Paquisha (1981). En todo caso, esta circunstancia no resta méritos a la novela como hecho de ficción autónomo. Lo que queremos anotar es que sí pudo haber, en un primer momento, una intención “comprometida” por la causa de los pobres. Mas, luego, sobre ésta prevalecerá el escritor que re-crea una realidad a partir de un trabajo de lenguaje, fruto de sus experiencias en el taller Sicoseo, de Guayaquil, que buscó hacer una literatura coloquial, jergal.

Para 1990, tras la puesta en marcha de la *perestroika* por Mijail Gorbachov en la ex Unión Soviética (1985) y la caída del muro de Berlín (1989), Velasco Mackenzie no descrea del escritor como testigo de la época en que vive, y cree que “el escritor ecuatoriano es receptor de todos los acontecimientos y problemas sociales que se presentan en su país, en su continente, en el mundo mismo”<sup>34</sup>. Pese

---

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 12.

<sup>34</sup> “Jorge Velasco: De la pintura a la literatura”, *Letras del Ecuador*, n. 173, mayo-agosto de 1990, p. 25.

a que ha escrito alguna novela histórica, particularmente le interesa el tema de la marginalidad, “pero como una zona, como un espacio que en mi ciudad, en la ciudad en donde vivo, es muy marcado”, como sucede en *El rincón de los justos*. (*Ibíd.*, p. 26) Una predilección que le venía acompañado desde su primer libro de cuentos: *De vuelta al paraíso*, (1975), en el cual “se perfila mi instrumental narrativo, el lenguaje y los personajes que han venido siguiéndome desde el principio”<sup>35</sup>. Un año después publicó *Como gato en tempestad*, y en 1979 *Raimundo y la creación del mundo*. También ha publicado algo de poesía, *Algunos tambores que suenen así* (1981), que la retiró del mercado y novelas, entre las que podemos citar: *El ladrón de levita* (1990); *En nombre de un amor imaginario* –Primer Premio IV Bienal Ecuatoriana de Novela, 1996– y *Río de sombras* (2003).

En efecto, los personajes que se mueven en esta narrativa son los antihéroes de la nueva narrativa ecuatoriana, seres marginales con sus conflictos existenciales que tratan de sobrevivir en un mundo que les resulta adverso. Se podría afirmar que son en su mayoría seres al margen de las posibilidades ciertas de una vida digna, con la tranquilidad de un trabajo seguro, de una buena educación y demás circunstancias que garantizan el desarrollo armónico del individuo en la sociedad. Viven el día a día, como estancados en un presente sin grandes proyecciones. Aunque hay en ellos la certeza de su penuria y de la injusticia social.

*El rincón de los justos* es una novela que describe la vida cotidiana del barrio Matavilela –un tugurio en la parte central de Guayaquil–. Por sus calles y plazas se movilizan hombres y mujeres marginados de la sociedad como el Sebas, el Fuvio Reyes, el Diablo Ocioso, la Narcisa Puta, la Leopa, el equilibrista Cristof, el hojalatero don Riba o Erasmo. Hay una cantina llamada El Rincón de los Justos, donde la gente del barrio se reúne para compartir sus conflictos y esperanzas. Estos

---

<sup>35</sup> Carlos Calderón Chico, “Entrevista a dos tiempos con Jorge Velasco Mackenzie”, en *Letras del Ecuador*, n. 171, abril, 1988, p. 5.

habitantes serán finalmente desalojados –signo de un marcado proceso de segregación y exclusión social, económica y política– por las autoridades municipales para ir a vivir en el barrio periférico del Guasmo.

Pero debemos señalar, junto a otros atentos estudiosos de nuestra literatura, que Matavilela ha logrado configurar una cultura popular urbana de profunda raigambre ecuatoriana, de ahí la presencia del cine, la música (pasillos, boleros, tangos, pop), puesto de revistas, deportes como el fútbol, ídolos populares (Julio Jaramillo, Daniel Santos), humor, religiosidad, sexualidad..., que en cierta manera, ayudan a conservar la alegría y los códigos de su convivencia. Entre estos elementos, que trataremos de analizar más adelante, resalta uno: la apropiación de los niveles del habla popular, que en cierta medida se contraponen a la llamada "lengua del prestigio", y se constituyen en "una forma de integración de lo marginal a un discurso cultural más amplio", la jerga es incorporada al texto literario con el fin de alcanzar, junto a los otros elementos anotados, "un objeto artístico plural"<sup>36</sup>.

¿Hacia la resurrección de Matavilela?

Empecemos por observar, en esta parte, cómo Jorge Velasco nos muestra<sup>37</sup> la expulsión de los habitantes de Matavilela hacia las pampas del Guasmo.

En principio, nos sorprende el hecho de que no se indique la procedencia de ninguno de los personajes que habitan el barrio Matavilela, aunque podemos intuir que son emigrantes de alguna parte de la región de la costa o de la misma ciudad. Al Sebas, por ejemplo, nunca le oyeron hablar de su familia, pues él "llegó solo a Matavilela, eso me ha contado la vieja Inés que conoce a todo el mundo en estos

<sup>36</sup> Raúl Vallejo, "Petróleo, J. J. y utopías. Cuento ecuatoriano de los 70 hasta hoy", en *Kipus*, n. 4, 1995-1996, Quito, UASB – Corporación Editora Nacional, p. 20.

<sup>37</sup> Creemos con Ernesto Sábato (Atributos de la novela) que la novela "muestra, no demuestra. Es una descripción, una indagación del drama humano, de su condición, de su existencia".

alrededores”<sup>38</sup>, dice el Pata, mientras comenta con otros amigos, en el bar El Rincón de los Justos, la forma cómo fue herido Sebastián por Marcial, hijo adoptivo de Mañalarga. La mamá de Fuvio vino por un anuncio del dueño del patio que decía: “cuartos baratos para gente decente” (p. 129), dice doña Inés y recuerda que ella también vino “por lo de los cuartos decentes” y que, con el tiempo, se dieron cuenta que no era así, “que era zona roja, como decían en los noticieros” (p. 130). De la misma vieja Inés Saraste tampoco sabemos mucho, sólo que ella “ha estado aquí desde que esto era un manglar, casas paradas en el agua y caminos de puente” (p. 35). El charolador Erasmo, parece que vivió “en las afueras de la ciudad” (p. 57). Pero, por otra parte, el asunto es más claro cuando el personaje es de fuera del barrio, como es el caso de la india “que vende flores y yerbas medicinales”, cargado a su hijo, en una calle de la ciudad de Guayaquil. (p. 51)

El desalojo del barrio empieza en la segunda parte de la novela. Luego de que los habitantes del patio pactaran para expulsar al viejo Mañalarga, una tarde se enteran de las malas noticias:

Las ráfagas ardientes y polvosas venidas del cerro Santa Ana, aullaron sobre la pileta del centro del patio, llenando de polvo las tinajas con el agua recogida la noche anterior, irrumpiendo en el cuarto de Cristof el Equilibrista, donde Erasmo, el Charolador, dijo haber oído un discurso, enrojecido como sus manos en radio Cristal. (p. 55)

El ambiente de desolación que reina en el lugar se acentúa porque “el viento siguió apagando las velas con que se alumbraban adentro”. Es una escena que muestra, además, con dos pinceladas breves, que el barrio no tiene agua potable ni servicio de luz eléctrica. Y si recordamos que las casas son de pisos de tabla, paredes de caña y techos de zinc, se comprende que esta parte de la ciudad se ha convertido en un tugurio, donde podía haber ojos y miradas como las del Fuvio o manos que se extienden para llevarse las cosas. El desalojo es, a la vez, una señal

---

<sup>38</sup> Jorge Velasco Mackenzie, *El rincón de los justos*, Quito, El Conejo, 1983, p. 117. (Citaremos de acuerdo con esta edición.)

de que Guayaquil está en vías de recuperación urbana, pero no para los sectores de la sociedad con escasos recursos económicos.

Cuatro o cinco años habían pasado desde la última amenaza, cuando hubo “un intento de fumigación y desalojo”. Erasmo, como “jefe y superior de los conjurados”, explica entonces “que sus colegas de la Plaza Central ya se habían organizado para la invasión de la pampa del Guasmo”, por lo que sugiere hacer lo mismo: organizarse. No todos están contentos con irse a ese “sitio tan lejano”. Erasmo insiste que el Guasmo era “una pampa amplia y deshabitada, propiedad de Juan X”, “con veinte cuadras desbrozadas a machete y una red de canales hacia el río para las aguas servidas”. (p. 56)

Las mejores posibilidades de vida que asoman en el horizonte alientan, aunque calladamente, la marcha hacia el Guasmo. Por eso, los habitantes del patio de las carretas “se habían pasado la mañana y la tarde trazando cruces sobre un plano de la pampa del Guasmo, que Cristof, el equilibrista, había dibujado sobre el portón de la entrada” (p. 89), justamente el día en que el niño Avilés, por la noche, entraría al cuarto de Mañalarga para provocar el incendio.

Finalmente, cuando la decisión está tomada, entran a la pampa un lunes de tarde:

... marchan por un camino de piedras, Erasmo adelante, atrás Cristof, calzado con botas y sin su hopalanda negra, el Tello que anda a tumbos, el niño Avilés con el rostro todavía asustado por la tragedia; don Riba y la vieja Inés que se apoyaba en su hombro. A todos los envuelve una nube de polvo, el sol cae sobre sus espaldas. (p. 125)

En realidad no saben lo que les espera, pero no son los primeros. Sentado en una piedra, un negro que los mira con interés les indica el sitio por donde encaminarse. El paisaje es agreste: “montones de tierra y piedras, caminos marcados simplemente por las pisadas”. Suben un cerro de basura, ahuyentan gallinazos que picotean los restos de un animal. Al descender divisan las primeras

casas que se levantan en desorden, “unas en tierra firme, otras en el lodo, todas mostrando los interiores, cubiertas apenas en el techo y las paredes con cartones manchados, hundidas por el peso de los habitantes”. No pueden hacer más que callar. Se detienen frente a una casa de caña y preguntan dónde. En “cualquier parte” les dicen. Entonces se separan y cada uno busca en medio de los desperdicios, latas, trapos, papeles, gallinazos, animales muertos, el sitio que pueden apropiarse.

El primero en hacerlo es el viejo Ribadeneira: “cuenta veinte pasos de fondo, diez de ancho y ríe, (...) extrae el ovillo de piola de uno de los bolsillos, clava las estacas golpeándolas con una piedra y estira el hilo con fuerza”, y se queda mirando “sus paredes de aire” y su “techo de nubes amenazantes”. (p. 126) Se cumple, entonces, con la primera fase de la invasión. Luego lo hará Erasmo en “un charco sucio y pequeño” junto a un basural. El niño Avilés, junto a un grupo de muchachos que han venido a mirarlos, pondrá sus estacas en una pequeña ladera, más abajo hay un tubo por donde salen aguas negras. Sin embargo, Cristof no cumple el ritual de las estacas, busca dos árboles y tensa la cuerda y realiza su primer acto sin público; tampoco lo hace el Tello, que traza un cuadro pequeño sobre la tierra y dibuja en él “toscas escenas de amor”. La vieja Inés barre su espacio “donde crece lentamente una planta”.

Entonces, el Tello “habla de cuidar las invasiones, de que alguien se debe quedar a vigilar las piolas, los hilos de nuestra propiedad”. Y tras un sorteo entre los más fuertes, Cristof y Erasmo, éste se queda para cumplir la tarea. Comprendemos que la invasión es una aventura que necesita de gente dispuesta a luchar con la esperanza de tener su casa propia, cuya construcción se hará después.

Es la angustia y la desesperación, ante la amenaza de las autoridades del municipio, que ha movido a la gente de Matavilela a dejar su barrio; pero es también

la “fatalidad sino cruel” que padecen los desposeídos de una realidad social injusta, que les roba “el más valioso joyel”: su derecho a una vida digna. No se entiende esa adversidad del mundo, por eso la rabia que siente Erasmo en la soledad de esa noche. Como sus amigos de barrio, “todo lo que quise yo tuve que dejarlo lejos”, de ese yo que, en verdad, es nosotros, los del barrio de la calle roja. De esa rabia que se expresa en grito, cuando el viejo Ribadeneira le anuncia que “mañana es el desalojo”. Grito de furia por el recuerdo del patio perdido, “de esa calle muerta pero viva sin ellos que la habitaron, que la volvieron roja para siempre”. (p. 155)

Finalmente, los municipales consuman el desalojo, las pertenencias de los habitantes del patio se exhiben en la calle a los transeúntes. Solamente esperan la mañana para irse, pero no todos irán a la pampa: Chacón y Leopoldina escogen otro rumbo, el Fuvio y el Sebas han muerto, Encarnación Sepúlveda y Mañalarga aún se quedan. Inés Saraste está entre los que se marchan, y ella, que es la memoria viva del barrio, lleva como parte de su equipaje una pequeña planta en un macetero. Este hecho es significativo, pues, creemos, que no representa sólo su afición por la naturaleza, sino la historia del desarraigo de los habitantes de la casa del patio, pero con la esperanza de arraigar, con mejores perspectivas de vida, en las “pampas cálidas” del Guasmo.

“La ciudad se estiraba entre las montañas hacia el norte, como huyendo de sí misma,  
como huyendo de su propio pasado”.  
Abdón Ubidia, *Ciudad de invierno*

Pero no solamente Guayaquil creció con la migración, también lo hizo Quito hacia el norte. Para 1970, la ciudad se extiende hacia la Mariscal Sucre. Con este desplazamiento, algunos antiguos propietarios de las casas del centro las venden a foráneos que, en general, para sacar mayor provecho económico de estos bienes,

realizan ampliaciones, remodelaciones o “restauraciones” que van transformando el espacio y la arquitectura del Quito antiguo; otros, en cambio, las mantienen en propiedad, pero en arrendamiento. Estas circunstancias, poco a poco, van transformado el centro de la ciudad en pequeños tugurios con el consiguiente hacinamiento, insalubridad, promiscuidad y pobreza. Además, cuando algunas funciones urbanas tanto comerciales como bancarias y administrativas empiezan a trasladar hacia el norte, el centro de Quito se ve seriamente afectado y “se convierte en el centro popular de la informalidad a todo nivel y espacio reservado a la simbología de un poder religioso y político en decadencia que da paso a nuevas formas de representación e identidad social”<sup>39</sup>. Por su parte, la renovación urbana, directa o indirectamente, genera un violento proceso de expulsión de la población tugurizada hacia los extramuros de Quito, dando lugar a la formación de los llamados barrios periféricos.

Fue el Comité del Pueblo la organización popular urbana más importante del Ecuador en los años setenta. En sus inicios, vinculado al Partido Comunista Marxista Leninista Ecuatoriano (PCMLE), contó con numerosos quiteños que esperaban tener su terreno propio. Luego de violentos enfrentamientos con el Estado, las autoridades municipales y los propietarios de las tierras, logró comprar, en 1974, la Hacienda La Eloisa, ubicada en el kilómetro 5½ de la Panamericana Norte, con una superficie de 140 hectáreas. (Godard: pp. 58-59) Luego vendría otra organización popular, ya en la década de los ochenta, que bajo el nombre de Lucha de los Pobres invadiría tierras de la Hacienda Santa Ana, luego de no poder lograr un acuerdo con sus propietarios. Esta propiedad, con una superficie de 120 hectáreas, está ubicada en la Panamericana Sur en el kilómetro 4½. (*Ibíd.*, p. 63)

---

<sup>39</sup> Fernando Carrión, “Centro histórico de Quito: notas para el desarrollo de una política urbana alternativa”, en *Centro histórico de Quito: Problemática y perspectivas*, Dirección de Planificación, I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transporte, Junta de Andalucía, España. Quito, 1990, p. 22.

Algo de esta realidad, creemos, recoge Huilo Ruales en el cuento “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor”, cuando el narrador ubicado en la entrada sur de la ciudad, a través de la calle Maldonado, nos conduce hacia el centro de Quito. En ese lugar aparecen ciertos cordones de miseria humana junto a la naciente industria:

la maldonado es una vetusta calle que nace repentinamente en el sur del sur de quito, en una curva donde el verdor andino se transforma, cual rostro de niño súbitamente quemado, en un océano tempestuoso de viviendas de cartón, lata y desechos, borroneado por el humo de las plantas industriales<sup>40</sup>.

Pero en este cuento, tenemos más pistas de la procedencia de los emigrantes. Si bien a Quito llega una “marea humana proveniente de todas partes del país”, “afanada en huir, o devorar a la ciudad destruida, epiléptica, enajenada de luces y rótulos, sonidos de rockolas, hedores, cuerpos borrachos tirados en la calzada, niños vagabundos, y el colorido coqueteo de las putas que, agolpadas en las puertas de las semiderruidas pensiones, intentan atrapar a los forasteros” (p. 65) —recordemos que esta visión citadina corresponde, en el cuento, a una realidad después del terremoto de 1996—, tenemos datos más precisos de sus personajes principales. Así, el Kinkón ha llegado a la ciudad directamente del Valle del Chota, en la provincia de Imbabura; el Roberédfor ha venido de la ciudad de Guayaquil; la Virgencita, tras la muerte de su madre a los trece años, ha descendido de un pueblo, donde el sol “estaba más abajo que en ninguna parte”, (p. 48) y Jesús, el protagonista de “el alma al diablo”, proviene de la provincia de Manabí.

---

<sup>40</sup> Huilo Ruales Hualca, “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor”, en *Fetiché y fantoche*, Quito, Edipuce, 1994, p. 64. (Anotaremos según esta edición.)

## II. Hacia la “otra” ciudad y sus personajes

Lo expuesto en el capítulo anterior, nos sirve para observar que nuestro país se ha ido formando y –aún lo sigue haciendo– sobre la base de la marginación de la mayoría de los ecuatorianos, haciendo que las diferencias entre los grupos sociales se profundicen y se hagan más notorias las desigualdades, especialmente a partir de la década de los setenta cuando fue mayor el flujo migratorio tanto de una región a otra como dentro de una misma región o provincia del país. La inequidad ha sido una de las normas predilectas de los gobiernos: se ha favorecido a las clases dominantes que, desde la voracidad del poder y apoyadas en instrumentos “legales” e institucionales, han querido “ofrecer” la imagen de un país con futuro, con grandes “oportunidades” para todos, pero cuyo sistema de relaciones económicas y sociales, en la realidad, tan sólo ha redundado en el desencanto y la desesperanza.

Los “valores” en que se ha sustentado este sistema, han menoscabado principios tan fundamentales como el simple derecho a la vida y a la libertad de pensamiento y expresión. Se ha condenado a la mayoría, sin el menor escrúpulo, a perder su dignidad en aras de un “bienestar común” cada vez más lejano. La marginación, que conduce a la exclusión y a la desigualdad, ha escamoteado incluso el derecho a escribir nuestra propia historia, plena en la diversidad y con el imperativo de hacer escuchar todas sus voces –la indígena ya lo hizo a partir de 1990–, que sin embargo, de otra manera, están presentes en la literatura como venimos analizando. Prácticamente, la historia oficial ha restado espacio para los “otros”, los marginados y, más aún, si son los habitantes de “la pobreza y la miseria”, o los disidentes políticos o religiosos. Aunque sabemos que hay diferencia entre

estos grupos, comparten “el costo psíquico y físico por asumir la identidad asignada desde afuera, las dificultades por construir su propia historia, el esfuerzo continuo de adaptación al medio, las reminiscencias del ‘pecado original’ que trae consigo la culpa de no corresponder a la norma”<sup>41</sup>.

### 2.1. *La marginalidad*

Evidentemente, la marginación no puede desvincularse del modelo de desarrollo económico imperante. En América Latina, si bien el término “marginalidad” nació asociado a los lugares (viviendas improvisadas y terrenos ocupados ilegalmente) no incorporados al sistema de servicios urbanos, su significado se extendió a las condiciones de trabajo y al nivel de vida de los pobladores de estos sitios. Ahí, precisamente, se percibió su “marginalidad” con respecto al sistema económico-social de la producción y, a la vez, el quedar fuera del sistema regulador de bienes y servicios<sup>42</sup>. Situación que conlleva, además, a la exclusión o ausencia de cualquier tipo de participación social o política, ya sea en la comunidad local o, peor aún, en las decisiones del Estado.

De ahí la indiferencia de las autoridades de gobierno frente a los problemas de la mayoría que, marginada básicamente por razones económicas, “se transforma en ‘cultura de la pobreza’ y en fatalismo de la voluntad”. Es decir, en el hacer que los pobres piensen que no merecen otra suerte que la que tienen (ser “vagos”, sin ambiciones), que interioricen la imagen del dominado fiel al “amo” (empresa, autoridad), y que consideren la “humildad” como virtud. Por lo mismo, pasen desapercibidos en lugares de hacinamiento y apegados a sus tradiciones (cultura popular de hoy), al margen de todo, porque “jamás forman parte del *Nosotros* de la

---

<sup>41</sup> Carlos Monsiváis, “Los espacios marginales”, en *Debate feminista*, año 9, vol. 7, abril 1998, p. 21.

<sup>42</sup> Gino Germani, *El concepto de marginalidad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1973, p. 12.

nación. Los pobres son siempre lo de afuera, lo inhabilitado para la pertenencia”<sup>43</sup>, aunque curiosamente son los más patriotas y nacionalistas.

En *El rincón de los justos*, Velasco Mackenzie plantea este contrasentido, cuando introduce en la novela a un grupo de “niños bien”, aunque de cierta forma marginal pero representante de una forma de la “alta cultura”, que con relación a los de abajo muestra una actitud de alejamiento y desprecio.

Aquí comienza el viaje, hijos de la grandísima patria, vamos el Rulo, Chafo Rodríguez, el Carlos Thomas y yo, metiéndole a todo mecate el chuzo al automóvil de los Ratas, por el Malecón a ochenta, mirando el río, los edificios brillantes, iluminados como nosotros. (p. 95)

Dice Paco, el “yo” en esta parte de la novela. Si bien de la narración se deduce que los “hijos de la grandísima patria” son Bolívar y San Martín, hay en la frase cierta ironía que denota el poco interés que despiertan los próceres de la independencia del país, vale decir por la patria. Ellos van escuchando a Janis Joplin y Santana, mientras fuman la yerba que los “acelera”. Y estando arriba, desde donde ellos se miran, la ciudad aparece: “en miles de puntitos amarillos, como si una sábana de lunares estuviera extendida sobre la tierra”. Sólo así es la ciudad de ellos, a la distancia que les impide ver las lacras y miserias que esconde. Por ello, si entran a la ciudad es para realizar alguna actividad mezquina como divertirse o comprar droga.

Cuando se enteran de que la gente del pueblo llora la muerte de Julio Jaramillo, “una inundación de quejas y falsetes, de ayes y penas cantadas”, ellos buscan infructuosamente a Joplin, Santana, Frank Zappa en la radio. De ahí que, si minutos antes habían guardado silencio por el padre muerto de uno de ellos, ahora deciden “no guardarle respeto al muerto y celebrarla más bien en el Murciélagu, con los Ratas en los aparatos y con las hembras más raudas que se nos aparecieran”. (p. 97) Lamentablemente, el Murciélagu también está vacío porque “toda la traición

---

<sup>43</sup> Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 25.

de la música del jota jota había alejado a la gente, seguro cantaban pasillos en el velorio.” (p. 133)

Y si esto ocurre en la novela de Jorge Velasco, en los cuentos de Huilo Ruales, no hay siquiera indicios de que la clase alta asome por la ciudad: el gobierno se contenta con crear los “paradigmas” para mantener controlados a los pobres. Es decir, hay una política discriminatoria, e incluso represiva, aplicada por el Estado que responde a apetencias económicas de grupos privilegiados. Por ello, no se observa al Estado tampoco en una función de asistencia social, como buscando más bien que el sistema socio-económico injusto que prevalece debiera ser aceptado con resignación.

Pero los pobres tienen su momento de júbilo en las festividades del país, y en las manifestaciones de vitalidad en su vida cotidiana, en las fiestas familiares o de vecindad, o en algún espectáculo público cuando pueden asistir. (¿Quién dijo que la marginalidad es vida sin alegrías?)

Acercarse a Matavilela en invierno, por ejemplo, traía sorpresas:

Podía toparse con alguna procesión de niño dios de chichería, tener la suerte de recibir una botella de licor por el simple hecho de andar detrás de un ángel, o junto al diablo santón que caminaba siguiendo el ritmo de una banda compuesta de un saxofón, un tambor mayor y una corneta. Los músicos iban siempre en una carreta empujada por mujeres; adelante, con los ojos entornados, una Santa María, traicionada sólo por la bola de tripa que mascaba con ahínco, cargaba al niño de yeso, carita rosada y chorritos de oro, con algún dedo del pie quebrado y un ojo bizco pintado con esmalte de uñas. (p. 67)

O cuando la gente puede ir al estreno de una película en el cine Lux, y los espectadores suben a saltos, “con las ropas arrugadas”, para tratar de ganar los mejores sitios, abriéndose camino en la oscuridad, “buscando al amigo que se perdió al subir y que desde el otro sitio les grita el apodo-nombre; acá hay uno, dicen y corren para alcanzar ese espacio”. Y cuando cesan los comerciales y empieza la película:

... una cabeza se refleja en la pantalla, después unas manos que hacen formas obscenas y todos gritan enardecidos, saca la cabeza, ¡dale un cocacho!, ¡tute tute!; los que están cerca se mueven para golpearlo, pero el hombre se sienta rápidamente, ¡ya ya!, grita y se calman, se apaciguan los gritos, se encienden los cigarrillos con puchos y se concentran al frente. (p. 162)

O en el fútbol que se juega en la calle, que muchas veces se lo practica por el simple deseo de jugar, y con los mismos elementos con que se lo jugó a inicios del siglo XX, en Buenos Aires y Montevideo, “con pelotas hechas de medias viejas, rellenas de trapo o papel, y un par de piedras para simular el arco”<sup>44</sup>. Porque si el fútbol había sido organizado en colegios y universidades inglesas, en América del Sur “alegraba la vida de la gente que nunca había pisado una escuela.” (*Ibíd.*, p. 34) En *El rincón de los justos* se narra, por parte de Sebastián, en el propio argot futbolero, un partido que lamentablemente terminará en tragedia.

Sin embargo, el sentido de identificación nacional no puede ser aplicado a los indigentes. Por lo que es necesario distinguir la marginalidad como una situación social determinada de aquella que puede darse a nivel personal, siendo esta última resultado de un problema de tipo cultural y/o psicosocial<sup>45</sup>. Es decir, la marginación no encierra un único concepto ni indica necesariamente un defecto social y, es más, se modifica a diario cuando nuevos conceptos (violencia intrafamiliar, homofobia, sexismo, por ejemplo) la iluminan<sup>46</sup>. El artista (escritor, pintor o músico) podría por su condición de persona inconforme, en constante búsqueda de respuestas dentro de un mundo que le resulta muchas veces incomprensible, ser un marginal, un marginado de la sociedad, precisamente por no aceptar la realidad que le rodea<sup>47</sup>. Y desde esta perspectiva, es evidente que hay marginaciones que resultan útiles y necesarias para el desarrollo de la humanidad. Si no, recordemos simplemente los

<sup>44</sup> Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*, Madrid, Siglo veintiuno, 2003, 2ª. ed. ampliada, p. 33.

<sup>45</sup> Gino Germani, *op. cit.*, p. 17.

<sup>46</sup> Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 38.

<sup>47</sup> Mario Vargas Llosa, *García Márquez: historia de un deicidio*, Caracas, Monte Ávila, 1971, pp. 95-96.

grandes movimientos científicos y/o artísticos ocurridos a lo largo de la historia, que empezaron muchos de ellos siendo marginales por ser transgresores de los límites y los valores aceptados por la norma o la academia, pero que ahora se reconoce su legitimidad. Esta breve digresión sirva para devolvemos al campo que, por ahora, nos interesa, es decir al de la marginalidad como situación social.

La crisis social, económica y política de la época que venimos estudiando ha justificado que se incremente la marginación y se violen los derechos de los más pobres, pero dentro de un proceso de “victimización”, es decir convirtiendo a la víctima en responsable de su desgracia: “Los pobres son inútiles e ignorantes, no cuentan a la hora de tomar decisiones, y muchas veces son sujetos de acciones del Estado, pensadas para ellos, pero sin ellos, que terminan en estrepitosos fracasos por desconocimiento de condiciones culturales”<sup>48</sup>.

El caso del desalojo del barrio Matavilela, analizado más arriba, puede ser el ejemplo de este anhelo de los grupos de poder por asumir decisiones sin tomar en cuenta el parecer de la otra parte. Los habitantes escuchan la acción que se ejercerá en su contra a través de la radio. Ninguna autoridad municipal se acerca a conversar con ellos para explicarles las razones que conllevan a ejecutar tal determinación. Sin embargo, sabemos que esa actitud no es gratuita: está en marcha un proceso de renovación urbana que, lamentablemente, no será dirigido a resolver los problemas de sus actuales habitantes. De ahí que, el mismo desplazamiento hacia las pampas del Guasmo implica llegar a otro lugar con los mismos problemas de vivienda e insalubridad que padecían en la ciudad.

Esto nos lleva a pensar que la meta sería buscar el crecimiento armónico de la sociedad a través de una ética solidaria en la distribución equitativa de la riqueza y de las posibilidades reales de desarrollo humano para enfrentar los retos de la vida

---

<sup>48</sup> Carlos Eroles, “La marginalidad social: un desafío moral”, en *Asuntos culturales*, n. 5, Buenos Aires, abril-mayo de 1989, p. 14.

moderna, sustentada en un proyecto propio de país –que por ahora no se lo vislumbra–. Y para ello, primero, habría que desterrar la idea de la pobreza como algo “natural”, pues eso no estimula la transformación social. Luego, abandonar la asistencia social como “mecanismo de ayuda”, pues de ninguna manera resuelve la pobreza; y, finalmente, reducir las desigualdades a través de una creciente inserción de la mayoría de la población en la actividad productiva. Sólo entonces se produciría una riqueza diferente de aquella que se sustenta en la especulación financiera y que tan sólo ha servido para la consolidación de los monopolios y el desempleo<sup>49</sup>.

De ahí que en la época que venimos estudiando, la modernización –proceso socio-económico que buscaba construir el progreso y desarrollo en la vida y cultura del país, y en general de América Latina, conforme al modelo norteamericano y europeo–, al ser entendida como un simple cambio mecánico de costumbres rurales, o ancestrales, a conductas propias de sociedades urbanas, “donde los objetivos y la organización colectiva se fijarían de acuerdo con la racionalidad científica y tecnológica”, significó no comprender nuestra realidad, compleja en tradiciones y modernidades (diversas, desiguales), que exigía –y aún exige– su propia lógica de desarrollo<sup>50</sup>. ¿Por qué el desarrollo económico tiene que implicar la desigualdad de las clases sociales? No es cuestión de una falta de “adaptación” de ciertos grupos sociales al nuevo sistema, ni de “rechazo” a la modernidad como creen –y aún siguen creyendo– los gobiernos. Es más bien, la falta de políticas consecuentes con un proyecto propio de país que posibilite el acceso a bienes (materiales y culturales) y servicios esenciales (educación, salud y transporte) para la mayoría de la población. Pues, no cabe duda, que “la mayoría de las personas que sufren privaciones sociales y materiales extremas no han elegido esa forma de vida. En

---

<sup>49</sup> Carlos Eroles, *op. cit.*, p. 15-16.

<sup>50</sup> Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 85.

realidad sus circunstancias se ven condicionadas por factores que tienen que ver con la estructura económica y ocupacional”<sup>51</sup>.

## 2.2. *La exclusión social*

Antes de seguir con nuestra exposición, vale aclarar que la pobreza y la marginalidad son dos cosas diferentes, aunque en cierta forma se asocian. Como ya anotamos puede haber marginalidad sin pobreza o con una pobreza menor que la de otros grupos sociales<sup>52</sup>. Esta última diferenciación permite distinguir a los estratos bajos o populares de la población marginal propiamente dicha, que prácticamente estaría “fuera” del sistema social establecido. Pero este hecho no es del todo absoluto, pues la marginalidad significa también una cierta forma de pertenencia. Es decir, de la existencia de un tipo de relación entre el grupo marginal y la sociedad: la marginalidad es la falta de participación en aquello que debería hallarse incluido dentro del radio de acción y acceso del individuo o grupo<sup>53</sup>.

En tal sentido, más bien se podría hablar de lo que Giddens concibe como “infraclase”, es decir un estrato “social” inferior de la estructura de clases, donde las personas tienen un nivel de vida peor que la mayoría de la sociedad, con múltiples desventajas como ir de empleo en empleo o no tenerlo por largo tiempo, inclusive de carecer de un lugar permanente para vivir (en Europa, viviendo por largos períodos de la asistencia social al menos), en cuyo caso formando parte de los llamados indigentes. En definitiva, una clase “marginada” o “excluida” del estilo de vida que lleva el grueso de la población<sup>54</sup>. En América Latina, la infraclase también puede asociarse a las minorías étnicas (indios y negros) desfavorecidas.

---

<sup>51</sup> Anthony Giddens, *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 382.

<sup>52</sup> Gino Germani, *op. cit.*, p. 17.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 21.

<sup>54</sup> Anthony Giddens, *Sociología*, p. 383.

El concepto de infraclase es más frecuente en los Estados Unidos, mientras que en Europa se prefiere el de exclusión social, porque “alude a cómo los individuos pueden verse apartados de una completa participación en el conjunto de la sociedad.” Es decir, es un concepto más amplio que subraya *procesos*: mecanismos de exclusión, y “se centra en una amplia gama de factores que impiden a individuos y grupos tener oportunidades con las que cuenta la mayoría de la población”<sup>55</sup>. Puede darse en las comunidades rurales aisladas y apartadas de muchos servicios y oportunidades, o en barrios con estas mismas carencias inmersos en las ciudades.

Si revisamos los textos que venimos analizando, observamos que la exclusión social es algo que atraviesa a todos y cada uno de ellos. Por ejemplo, en *En las calles*, de Jorge Icaza, el pueblo de Chaguarpata, luego de la división de aguas que favoreció al latifundista Urrestas, prácticamente, se muere por la falta del líquido vital. La gente se queda sin trabajo, no puede cultivar la tierra y, como ha empezado la modernización del campo, tampoco tiene empleo en el latifundio del patrón –salvo la obligación de cumplir con los tributos. Sus viviendas son “chozas de piso de tierra, pared de tapial, tejado cónico de paja y única puerta bostezando oscuridad”. (p. 212) Además, están fuera de cualquier posibilidad de acceso a la educación.

En la novela de Jorge Velasco, el barrio Matavilela, pese a estar en plena ciudad de Guayaquil, tiene ausencia de servicios básicos de agua, luz, y sus viviendas son de caña, tabla y zinc. Sus habitantes son gente que en su drama cotidiano apenas tiene para sobrevivir. A excepción de Erasmo, que organiza y dirige la invasión al Guasmo, a nadie le interesa la participación política. No tienen espacios para el libre esparcimiento –tienen que improvisar una cancha de fútbol en una calle–, etc. Las autoridades municipales terminarán por expulsarlos finalmente.

---

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 415.

Y en los cuentos de Huilo Ruales, especialmente en las “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor”, tenemos la impresión de una ciudad sitiada y turgurizada, abandonada no sólo de los hombres sino también de Dios, y poblada de una serie de indigentes que, como sabemos, es uno de los indicios de exclusión más graves que existen en nuestra sociedad.

Creemos que es importante, antes de seguir en nuestra exposición, distinguir entre dos realidades sociales aparentemente cercanas, aunque dispares: la pobreza y la miseria. Distinción que ha sido expuesta con claridad por Charles Péguy<sup>56</sup> “La pobreza (...) sería el estado en el que se dispondría de lo necesario para vivir, sin lujos, pero con decoro. Es una especie de purgatorio, que le hace al hombre comprender sus límites y le abre al amor y atención por los demás”. En tanto que la miseria “es, por el contrario, un verdadero infierno, en que se vive en auténtica desesperación por el mañana, y del que es urgente librar al hombre”. Es decir que la pobreza tiene relación con la idea de subsistencia, con las condiciones básicas de alimentación, vivienda y vestido. Pero, en realidad, es difícil precisar el perfil de “los pobres”, ya que su rostro es diverso y cambiante. Aquellos que han sido desfavorecidos en aspectos básicos o elementales de la vida, tienden a vivir niveles de pobreza innegables; así los desempleados, los que tienen trabajo inestable o a tiempo parcial, los ancianos, los enfermos, los discapacitados, los niños, las mujeres, los de familias numerosas y también las minorías étnicas<sup>57</sup>.

Existen dos tendencias teóricas que explican la pobreza: una que considera a los pobres como responsables de su propia pobreza (se “echa la culpa a la víctima”) y aquella que piensa la producen y reproducen las fuerzas dominantes de la sociedad (se “echa la culpa al sistema”).

---

<sup>56</sup> Citado por Jesús Ballesteros, *Posmodernidad: Decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 46-47.

<sup>57</sup> Anthony Giddens, *op. cit.*, p. 405.

En las décadas del setenta y ochenta, y en consonancia con la primera tendencia, debido al énfasis político en los valores empresariales y el “éxito” individual, resurgió la idea decimonónica de que “la posición social era un reflejo del talento y el esfuerzo de una persona; los que merecían triunfar lo conseguían, mientras que los menos capacitados estaban condenados al fracaso”. Y se explicó la pobreza por “la forma de vida de los pobres, junto a las actitudes y perspectivas de las que supuestamente participan”. Oscar Lewis denominó a este hecho como “cultura de la pobreza”, porque consideró que la pobreza procedía de la atmósfera socio-cultural en que se socializaban los niños pobres: de una generación a otra se transmitía esta forma de cultura “porque los jóvenes, desde corta edad, apenas ven razones para aspirar a algo más”, resignándose así “a la fatalidad de vivir en la pobreza”. Charles Murray, que profundizó esta tesis, afirmó que los pobres al confiar en la asistencia social del Estado –en el contexto del “primer mundo”, por supuesto– perdían la ambición personal y la capacidad de ayudarse a sí mismos; es decir, se erosionaban los incentivos de la persona para el trabajo<sup>58</sup>. Pero en América Latina, la verdad es que muchos pobres tienen trabajo, mas su salario no les alcanza para cubrir las necesidades básicas, ni mucho menos para salir de la pobreza.

La segunda tendencia subraya el conjunto de procesos sociales que “generan unas condiciones de pobreza que a los individuos les cuesta superar”<sup>59</sup>. En este caso, son las fuerzas estructurales que actúan en la sociedad (clase social, género, etnia, posición ocupacional, logros educativos) o las orientaciones de política económica y social –tal vez las más notorias en nuestro país– las que determinan el “orden natural” de la sociedad y, por lo tanto, la vigencia de una distribución desigual de los recursos mediante la violación sistemática de los derechos civiles, contribuyendo así a mantener la condición de pobreza de las clases más desfavorecidas. Sin

---

<sup>58</sup> *Ibíd.*, pp. 407-408.

<sup>59</sup> *Ibíd.*, p. 409.

embargo, en este enfoque, no se debe atribuir a los pobres una total pasividad frente a sus circunstancias, el hecho de que no se resignen a su condición es ya una forma de manifestar su inconformidad.

### 2.3. Los marginales

El concepto de “hombre marginal” fue utilizado en los Estados Unidos para diferenciar a la mayoría anglosajona dominante de los grupos étnicos distintos llegados por inmigración. Y fue definido como “la persona que se coloca en los límites o márgenes de dos mundos culturales distintos, y no es miembro ni de uno ni del otro”<sup>60</sup>. Es decir, aparece relacionado con la etnicidad y la emigración, tal como sucederá en Latinoamérica hacia mediados del siglo XX con el desplazamiento de personas del campo a las ciudades. Según Le Goff, la categoría de los marginados surgió en el campo de la historia hacia 1964; antes sólo se hablaba de excluidos<sup>61</sup>. Pero, para nuestro interés, ¿quiénes integraban este sector en América Latina? De acuerdo con Germani, que parte de la comparación con los países industrializados del siglo XIX, sería “una masa heterogénea que iba desde los vendedores ambulantes, los trabajadores ocasionales, los mendigos y los simples desocupados y pobres, hasta los criminales profesionales”, con similares características de falta de participación en los procesos socioeconómicos que los marginados de hoy. (Germani: 58)

Parte de estos marginados, los encontramos ya en la novela *En las calles*. Icaza nos deja ver un almuerzo obrero, donde se ubican:

Indios albañiles, barrenderos, cargadores, pordioseros y toda clase de gente que sólo posee cinco centavos para almorzar; comen de pie en cazuelas de

---

<sup>60</sup> Gino Germani, *op. cit.*, p. 39.

<sup>61</sup> Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999, p. 129.

barro y con cucharas de palo. Los que se han divertido más de la cuenta durante el domingo, van al mercado sólo por no perder la costumbre, velando el hartazgo de los compañeros o mascando tostado traído desde la casa o desde la choza. (pp. 103-104)

Siguiendo a Giddens, esta “infraclase”, sería lo que Marx denominó como *lumpen proletariado* (individuos al margen de las formas dominantes de producción económica e intercambio), que luego corresponderán “a las ‘clases peligrosas’ de pobres extremos, ladrones y vagabundos que se niegan a trabajar y que sobreviven en los márgenes de la sociedad como ‘parásitos sociales’ ”<sup>62</sup>.

Evidentemente, la situación de los marginados no viene de la nada sino que responde a una determinada ideología<sup>63</sup>. En el caso de nuestro país ésta sería el neoliberalismo-monetarista que, prácticamente, dominó desde principios de la década de los ochenta y cuyos postulados se pueden resumir en: privatización de la economía (traspaso de toda actividad económica rentable en poder del Estado a manos privadas), liberación de los precios de los bienes y servicios que se ofertan en el mercado (y que hallarían el equilibrio a través de la oferta y la demanda), eliminación de subsidios, eliminación de sindicatos y gremios del mercado laboral (libre contratación), libre funcionamiento del mercado financiero (tasas de interés también en el juego de la oferta y la demanda), condiciones favorables para la penetración –¿o invasión?– del capital extranjero (esto es una mayor dependencia económica y política), etc. Además, para la eliminación o reducción del déficit fiscal recurriendo al despido de empleados de la burocracia estatal, la congelación de sueldos y salarios (que según esta teoría es la causa de la inflación), disminución en el gasto social (educación, salud), etc. Todo lo cual trajo como consecuencia la concentración de la producción y capitales en las grandes empresas monopolistas, la quiebra de varias empresas, medianas y pequeñas, y el consecuente aumento del

<sup>62</sup> Anthony Giddens, *op. cit.*, p. 412.

<sup>63</sup> Según Jacques Le Goff (*Lo maravilloso y lo cotidiano...*) hay una ideología que justifica la marginación y la exclusión y, por lo mismo, la posible tipología de los marginados, pp. 130-131.

desempleo y la pobreza de la mayoría de los ecuatorianos. Pero lo más grave fue que no se alcanzó la pretendida “estabilización” de la sociedad, más bien aumentó la deuda externa, subió la inflación, se agravaron los problemas de desigualdad e inequidad, y por lo mismo se redujo el mercado interno por falta de consumidores<sup>64</sup>.

En otras palabras, mediante un proceso de marginación económica se llevó a gran parte de la población a la exclusión social. Pero conviene aclarar que, si bien Leonardo Vicuña considera al neoliberalismo-monetarista como una ideología, nosotros pensamos que se trata de una teoría o doctrina política que aparentemente se basa en los postulados del liberalismo, pero que ha olvidado los principios de libertad y bienestar a que aspiran todos los seres humanos centrándose tan sólo en el aspecto económico. Esto es, se ha convertido al conjunto de la sociedad en un gran mercado: “ese lugar incierto donde todo el mundo tiene cabida y en el que se resuelven los destinos de las naciones”, con un gobierno que “intenta regular” su funcionamiento, mientras las clases que ostentan el poder se dividen en la búsqueda de su control<sup>65</sup>. El resto de la sociedad puede seguir sumida en el olvido, al margen de los privilegios y padeciendo cualquier tipo de privaciones tanto a nivel de bienes materiales (infraestructura de vivienda y salubridad pésimas) como de servicios, sin posibilidades reales de integrarse a la sociedad de una manera digna.

Inclusive este proceso discriminatorio ha forjado a los llamados indigentes, es decir a aquellos seres que, por carecer de vivienda o refugio permanente, viven apartados de toda actividad cotidiana y vagan deliberadamente por las calles, duermen en el suelo, se alimentan de la caridad ajena, aparentemente libres de todo condicionamiento que supone tener propiedades y posesiones. Claro que la gran mayoría no ha tenido esa intención “se han visto empujados al borde, a la

---

<sup>64</sup> Leonardo Vicuña, *Economía ecuatoriana, 1986-87. Crisis, violencia, miseria*, Guayaquil, Editorial de la Universidad de Guayaquil, 1988, pp. 41-52.

<sup>65</sup> Mauricio Merino, “El pueblo”, en Enrique Florescano (coord.), *Mitos mexicanos*, México, Taurus, 2001, p. 201.

indigencia, por factores que escapan a su control. A menudo, una vez que se ven sin una residencia permanente, su vida se deteriora y entra en una espiral de penalidades y privaciones”<sup>66</sup>. Pues no siempre los indigentes son enfermos mentales o viciosos dedicados a consumir alcohol o drogas, muchos de ellos han caído en la indigencia por haber sufrido alguna o, a la vez, varias desgracias personales (ruptura familiar, desempleo, etc.). Los más propensos a la indigencia, sin duda, son los trabajadores con poca o ninguna calificación laboral, que tienen pocos ingresos.

“Felices los normales, esos seres extraños.”  
Roberto Fernández Retamar

Sin lugar a dudas, Quito es la ciudad de los lunáticos, los vagabundos, los malhechores, mercachifles, meretrices y bohemios, etc.; pero tampoco hay dudas de que la mayoría de ellos son foráneos de la ciudad. Las migraciones han ido transformándolo todo y “los inmigrantes crean la vida urbana moderna con sus adhesiones y desgarramientos, sus virtudes y vicios. Los inmigrantes que fracasan en su inserción urbana, inventan la desadaptación, la miseria, las alucinaciones”<sup>67</sup>.

Así, en “las leyendas olvidadas...”, el Kinkón que “pulula en las comisuras del mercado santaclara, en espera de ser requerido para algún trabajo de carga” (p. 16), y que se deja guiar más bien por los instintos, siendo capaz de asesinar a una persona cuando sólo debía darle “una lección”. Aunque también tiene la necesidad de ser amado, por lo que al mirar en una picantería, una noche, entre el humo de caldo de gallina y de tabaco, a una frágil mujer albina, la bautiza de Virgencita y se queda a vivir “para ella, como sombra o perro”. (p. 18) Que cuando le pierde la pista, la busca por Guayaquil, Manta y en la frontera, y hace escala en su obsesiva tarea trabajando “casi un año (...) de cargador de banano. otro año en la penitenciaría de

<sup>66</sup> Anthony Giddens, *op. cit.*, p. 422.

<sup>67</sup> Manuel Espinosa Apolo, Introducción a *Parías, perdedores y otros antihéroes*, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999, p. 14.

guayaquil en donde un indio abigeo le corroboró con santo y seña sobre la masacre de los músicos ciegos en los socavones del templo de santodomingo.” (p. 24)

El Roberédfor, que prefigura a Jesús de “el alma al diablo”, en silla de ruedas y giboso, que bastaba que inflara la mezquindad de su tórax y manoteara en el aire “con sus cuatro extremidades de rana”, para congregar a su alrededor a burócratas, amas de casa y estudiantes porque él era el verbo, “en él estaba el poder”. (p. 35) Le ayudaba un copiloto, “un indio afeminado”, que cuando murió fue como si le hubieran quitado la mitad de su vida. Que en la mejor época de su esplendor fue invitado por el soberbio rey de las gafas oscuras; pero que ya en su decadencia tuvo que pagar los tragos de su audiencia para que le escucharan sus aventuras amorosas con cabareteras de fama internacional.

La Virgencita, que terminó por trabajar en aquello que “le pareció connatural a su vida, a su cuerpo, a su ceguera” (p. 48), es decir la prostitución. Por no ser sumisa a su destino buscó ayuda en una institución protectora de ciegos, forma parte de un coro, “actividad que le causó el malestar de sentirse *vista*, enjaulada para el público dentro de un zoológico”. (p. 49) Luego telefonista, hasta que un borracho “con híbrida actitud de lazarillo y cliente” la rescató “de la vida anónima, carcelaria y oscura del instituto” y retornó a la tuentifor. (p. 50)

Romeo, el acordeonista albino y ciego, “cuya fama rebasaba el ámbito del limbo de la avenida tuentifor”, (p. 20) cuyo apodo fue colocado por algún vate que se mató de puro amor en Venezuela. Romeo, el amor de la Virgencita, que tan pronto era real y de súbito se esfumaba “en los bacanales de rones y mujeres”. Y retornaba trashumante, “como todo lo que provenía del sueño de la droga”, hasta que ésta terminó por consumirlo.

O la niña que vendía frunas en las paradas del trolebús, y que afirmaba que “hace siglos toda su familia, desde su abuelo hasta sus hermanos incluida su mamá,

perecieron aplastados al tratar de cruzar la autoruta”, (p. 27) que los separaba del Edén. Los autos, los camiones, las motos, “los perseguían”.

El doctor Andrango, ex psicólogo que vivía en la esquina de la Diez de Agosto, “amparado por una luz agónica escupida por los altos del banco holandés unido. sobre unos papeles enormes y arrugados que obtenía en los basureros del banco” y que conocía que al Edén se llegaba por una alcantarilla ubicada al pie del monumento del hermano Miguel. (p. 28)

Y entre los elegidos para ir al Edén: el Zeus, amo y señor de las ninfas del submundo; el ingenioso don hidalgo Quijano, que se zambullía “en los trolebuses con un fragmento en castellano antiguo del quijote” (p. 29); el catalán, enano extorero bufo que bailaba flamenco en la Plaza Chica; el tulus-lotrec, que bajaba y subía Quito con sus autorretratos “cada vez más viejos y que los canjeaba por cigarrillos o comida”. (p. 30)

También está la tía del Teodorito, que “atraviesa toda la ciudad en dos días buscando su fastuosa casa –perdida como su nombre, su familia y su memoria–” y gritaba en San Francisco que en el barrio de La Tola, “camuflada en una lavandería municipal, estaba la puerta de entrada al edén”. (p. 31)

La judía-errante, que insultaba en otro idioma a los peatones invasores de la esquina de la Venezuela y Bolívar, afirmaba que al Edén se entraba por el vientre de la Virgen del Panecillo.

La Diomenia, la peluquera que, “habiendo nacido hombre, se hizo hembra a fuerza de rezos, vacunas y emplastos”, conocía, gracias a un cliente suyo, que el edén “no era un sitio: es un anhelo: mientras más fragoroso es el anhelo más real se vuelve el edén: el edén se multiplica como los hombres: como los espejos”. (p. 32)

Y finalmente los vagabundos de la Iglesia de Santo Domingo que hablaban del Edén como “un imperio ubicado en diversos puntos de Quito: dentro del Quito

flamante y sobre todo dentro del enigma poderoso de la noche: el edén (...) es el reino de la droga.” A donde había ido para siempre el Soberbio Rey de Gafas Oscuras, amo y señor del “Infierno azul”, el “culiatorio” más grande del mundo asentado en la cima de la tuentifor, y que quedó en casi nada después del terremoto. Fue elegido, sin duda, para ingresar al Edén “que estaba en el fondo de la noche del quito moderno.” (p. 32)

En fin, todos en la búsqueda de asir un anhelo, una esperanza, por salir de la sordidez de su realidad cotidiana en un viaje, “posiblemente generado por los locos brotados de quito, un viaje inventado por los sueños de esos locos”. (p. 73)

En *El rincón de los justos*, también encontramos una suerte de lumpen urbano, pero lejos de los extremos a los que han llegado los personajes de Huilo Ruales. En este mundo narrativo de Jorge Velasco, si bien la gente lucha por sobrevivir, tal vez solo uno ha llegado al ensimismamiento: Mañalarga, “el viejo mal genio de las botellas vacías”, que para despejar sus iras iba a la Esquina del Ojo – puesto de revistas– a leer la última del Enmascarado de Plata. (p. 25) Y era que en el Santo, veía “la imagen del hijo distanciado por el servicio militar”. Las botellas que compraba, las vendía al por mayor; pero también las frotaba esperando que de ellas apareciera un genio que lo volviera inmensamente rico. Pero en verdad era raro, por algún “impulso extraño” rompía las revistas y se iba a su cuarto del 212, donde terminaba con todas las botellas que encontraba en su camino, hasta llegar a su catre y quedarse dormido. Luego se arrepentía por romper “parte de su pequeño capital”. El dinero de sus ganancias lo guardaba para su hijo, en alguna botella o almohadón que el Sebas quería descubrir para apoderarse. Y si bien su carácter pudo pesar para la decisión de expulsarlo del barrio –la última opción era el incendio–, pues nadie quiso averiguar sobre lo triste de su niñez: “su madre lo había

dormido con historietas terribles” llegando a detestar lo bueno por el mal, creemos que esta determinación responde a que Mañalarga era el único que tenía poder económico en el vecindario. Al final quedará solo.

El viejo Ribadeneira es un hojalatero que se dedica a moldear latas, soldar adornos, pulir bordes cortantes “que se convertían en inofensivos artefactos” para venderlos en la feria del domingo. Es un personaje que realiza un trabajo artesanal, pero que además inventa nuevas maneras de ganarse la vida. Su ayudante es Fuvio Reyes, (p. 15) que el viejo lo recogió tras la muerte de su madre; posteriormente su vida cambiará al ser descubierto por la Narcisa y el Sebas en su acto de mirón de la Leopa, se irá a trabajar con el equilibrista e incluso se atreverá a buscarla.

Hay un jubilado de la alcaldía, donde había trabajado como bibliotecario, el Tello, que por su afición a los libros, ubicó un puesto de revista, “Esquina del Ojo” para los “paviolos y vaganinis” del sector. Con bejuco en mano controlaba a los “hablantinis”. Conocía a sus lectores y, por eso, podía ofrecerles “aventuras a los que imaginaba como niños bien, erotismo a los que les descubría “un pelo crecido en la palma de la mano” o enviar a domicilio, “con prenda y pago adelantado”, novelas de amor a las mujeres que no podían ir a sentarse en la banca de su esquina. (p. 25)

Hay también “obreros del frío” que, desde muy temprano, hacen rodar hielos con ganchos por los tablones “y sepultarlos en el aserrín”. (p. 31) Colectiveros y cobradores que, con billetes enrollados en los dedos, celebraban con bocinazos y gestos, a modo de burla, el desempeño de otros en sus labores: “le gritaban buena Sebastián, ahí comiste”. (p. 32) O personas como el Chacón, esposo de la Leopa, la exhibicionista, que se pasa de vago leyendo revistas durante el día (pues es un “lanza”), o contando historias de haber sido cocinero de una expedición de gringos en el Oriente, “donde los valientes podían hacerse ricos en muy poco tiempo”, y que

para poder comer debe empeñar “la chompa negra y pesada con la bandera azul en la manga”. (p. 78) Y aunque, a modo de breves pinceladas, una india que vende flores y yerbas medicinales (p. 51) o triperas que “jodían el ambiente con su olor nauseabundo”. (p. 66)

Cristof, el equilibrista, el amigo “de los que no tenían amigos” por lo que prefirió de ayudante a Fuvio Reyes, que había recorrido con su espectáculo –“de triunfos aéreos y desastres terrestres” (p. 55)– gran parte de las ciudades del país. Ahora realizaba en las plazas de Guayaquil la función de las antorchas (p. 58), que era el único número que atraía a los habitantes de la calle Colón:

... Las antorchas, gritaban las putas, y corrían hasta la Plaza Victoria dejando sus esquinas vacías. Los cachineros guardaban apresurados sus bienes terrenales haciendo de todo un bulto, vientre de tela que contenía clavos torcidos, candados sin llave, sierras de hoja, botones con hilos de colores, alambres, martillos y todo lo que otras manos podían hallar sobre las calles, sobre los cordeles de los patios o en los bolsillos de descuidados transeúntes. (p. 59)

Está también la dueña del bar “El Rincón de los Justos”, Encarnación Sepúlveda, que no es avara como cree la gente. Ella recogió a la Narcisa Martillo, la puta, aunque en realidad no lo es, cuando quedó huérfana y porque vio en esa niña “su prolongación”. La llevó al salón para que le ayudara en el negocio, atendiendo a los borrachos que abusaban de ella manoseándola. De ahí querían rescatarla las Damas de la Caridad, que recorrían el barrio recogiendo las limosnas de las alcancías para la beatificación de Narcisa Virgen<sup>68</sup>, con la esperanza de que se convirtiera como la de Nobol, pero en realidad sólo querían tenerla de cocinera en su casa, “zurciendo medias y calzoncillos, cediendo a la bondad nocturna de los hijos pajeros”, y mandarla a estudiar en una escuela nocturna. (p. 46)

---

<sup>68</sup> La Beata Narcisa de Jesús Martillo y Morán, *Violeta de Nobol* (1832-1869), nació en Nobol, cantón del Guayas. Sus padres murieron cuando era muy joven. La beata ecuatoriana, se trasladó a Guayaquil donde vivió por más de 15 años dedicada a la oración, al trabajo manual y a la caridad apostólica. A principios de 1868 viajó a Lima y allí continuó su vida virtuosa como seglar, alojada en la Casa de las Hermanas de la Orden Laical de Santo Domingo, hasta su muerte. Su cuerpo fue trasladado a Guayaquil en 1955 y ahora permanece en su pueblo natal. El Papa Juan Pablo II la declaró beata el 25 de octubre de 1992.

La Narcisa Martillo era amada en silencio por el Diablo Ocioso o Sordo, que al final será el afortunado. Éste vendía cigarrillos y golosinas en la esquina del cine Lux, y a veces visitaba el salón, pedía cerveza y se “emplutaba mirándola”, por lo que su madre tenía que sacarlo en vilo contratando un cargador. En su memoria estaba, sin embargo, aquella vez que “sintió los pezones” de ella y fue, luego, a desahogarse en el “water”, que desde entonces se convirtió en su lugar sagrado. Ahí escribió sobre sus paredes: “tú eres la sierva de los gozadores”, (p. 36) bajo el seudónimo de Raymundo. Desde el día de la alianza con el Fuvio y el Sebas, cuando decidió hacer de campana en los hurtos domésticos, se lo llamó Diablo, y el apellido fue su mal de oído o su ociosidad permanente. Fue guerrillero (!?) y perdió su oído en la explosión de una bomba.

Pero en realidad, es Sebastián<sup>69</sup> el personaje de Matavilela, pues Erasmo más allá de su participación como el conductor y organizador de la invasión al Guasmo, no tiene una mayor incidencia en el conjunto de la novela. Se ha recluido en Matavilela para que no sepan más de él. Si bien estuvo junto a Julio Jaramillo como su guitarrista, y por lo tanto es la voz autorizada para hablar del cantante –por eso el cuento que le dedica–, su función se reduce a explicar a las Damas de la Caridad el habla popular del barrio.

En cambio, Sebastián representa la disyuntiva que vive todo ser humano en su lucha interna entre el bien y el mal. Aunque no se conoce sus antecedentes familiares, se sabe que estudió en el colegio Mercantil hasta el tercer curso y que pasó luego a la nocturna, de donde doña Encarnación Sepúlveda le sacó para que sea el trapeador del salón El Rincón de los Justos, nombre puesto por él. Junto a la

---

<sup>69</sup> San Sebastián fue un mártir cristiano nacido en Narbona (Francia) en el año 256. Fue soldado del ejército romano, y el emperador Diocleciano llegó a nombrarlo jefe de la primera cohorte de sus guardias. Cuando se descubrieron sus creencias cristianas fue condenado a morir asaetado, aunque no murió en la ejecución. Condenado a muerte de nuevo por el emperador, murió a palos en el año 288. (Esta sugerencia se la debemos a Jorge Velasco Mackenzie.)

Narcisa Puta, se repartían en el corredor “las rebuscas” que hacían a los borrachos, mientras planeaban cuando robar el dinero de la dueña. El Diablo Ocioso lo odiaba, pero sólo a él le permitía llamarlo así.

Sebastián se levantaba con el sol, salía a la calle y mientras caminaba iba observando el trajinar de la gente del barrio. Al llegar al parque Centenario, seguía por la 9 de Octubre, donde las vitrinas de los almacenes le empujaban a cambiar de acera para mirar las joyas y brillos que exponían. Al recordar las bromas que le hacían los colectiveros y cobradores, le venían deseos de venganza. El vidrio de los escaparates le parecía “una infinita frontera”, “una muralla brillante”. (p. 32) Entró a una iglesia y nuevos recuerdos le asaltaban. Esa “andada matinal” debía evitarla, pues “lo reblandecía, le decía que él era Sebastián y no el Sebas, símbolo de la angustia y la violencia en todo el vecindario”.

Ahí podemos ver algo del aire guerrero que poseía San Sebastián. Pero a diferencia de éste, que no quiso renegar de la fe cristiana, vemos en aquel esa convicción de ser el “temido del barrio”. Y para eso no tenía que ser blando: “Sebastián caminó espesando la saliva para escupir con furia al paso del primer desconocido”. (p. 34) Y como “valiente” –léase macho– que era, no sintió furia cuando descubrieron en el meadero, aquellas palabras escritas por Raymundo para la Narcisa: sólo estaría atento para descubrirlo en la próxima oportunidad. Sus batallas no eran para defender la fe de otros, sino la suya, por eso fue el elegido para iniciar el incendio en el cuarto de Mañalarga, pero alguien se le adelantó. Y desde entonces supo “que el curso de la guerra había cambiado, se sintió inocente pero a la vez culpable y recordó, aunque en forma fugaz, su pelea con Marcial.” (p. 91) Ahí mismo se sintió débil, se abandonó al temor y “la cobardía con sus puntas filosas se metió en su cuerpo, primero por los costados, después por el pecho y al

último, atravesó su corazón palpitante por el día feliz, por la pesadilla que lo despertó y que se hizo cierta como la vida y el fuego que lo condenaban.” (p. 92)

Su pesadilla estaba en su interior, aún seguía siendo Sebastián. Ahí la razón para su segunda y definitiva muerte, como San Sebastián, pero en su propia ley: no podía renunciar a su propia fe. Y así fue. Marcial, transformado por los acontecimientos que rodeaban a su padre en los últimos días, le hirió de muerte. Y cuando la Narcisa fue a rezarle a la Narcisa Virgen supo también que Sebastián “no sería nunca más el Sebas”. (p. 139) La furia de ser el Sebas fue algo que le “nació desde chico, cuando me metía al cine Lux para ver las de Steves Reeves, Machiste, Hércules o Sansón y Dalila.” (p. 144) Y ahora, en su lecho de muerte, aunque aún delirando en la venganza y en los temores que los demás le debían tener, deja morir al Sebas para que viva Sebastián. (p. 145) Sin duda, el hombre y el lugar en que vive se construyen mutuamente; por lo que, en efecto, como afirma Miguel Donoso: “aquí con el Sebas, termina Matavilela, pero renace allá en el Guasmo, en una nueva fundación”. (p. 106)

### III. La violencia

Nuestro país, como los países de América Latina, no ha podido quedar al margen del drama de la violencia. Y mucho menos hoy, cuando entendemos que se trata de un monstruo cuyos tentáculos “de muchos modos nos compromete a todos”. En realidad, no es invento del tiempo vertiginoso y atolondrado que vivimos, parece más bien un atavismo que trae el hombre desde la época de las cavernas; o provenir, aunque no únicamente, de las fuerzas represivas del Estado, “expertas en misteriosas desapariciones de dirigentes estudiantiles, hombres de negocios, políticos, o en construir cárceles cada vez más sofisticadas o en subir cada día el costo de vida con el ánimo de deshacer o destruir la violencia”<sup>70</sup>. Lo que sí parece cierto es que sus orígenes son casi siempre los mismos: “la ambición y lucha por el poder, la imposición injusta de una economía enajenadora, brutal, inhumana y que desequilibra no sólo espíritus sino además divide, desalienta y desangra naciones”, provocando enfrentamientos entre políticos, trabajadores, empresarios, estudiantes, artistas e intelectuales. (*Ibíd.*, p. 107)

Como hemos venido analizando, en *En las calles*, Icaza nos muestra la forma cómo el latifundista, representante de los valores de la modernidad y progreso de la “civilización”, ejerce violencia en contra de los indígenas, cholos y mestizos a través de la explotación primero en el campo y luego en la ciudad, sin que medie ninguna autoridad del Estado. Inclusive, cómo éstos son utilizados, en nombre de la

---

<sup>70</sup> Cronwell Jara Jiménez, “Visión de la violencia y del paisaje urbano de Lima en dos nuevas novelas”, en Karl Kohut, José Morales Saravia, Sonia V. Rose (eds.), *Literatura peruana hoy. Crisis y creación*, Frankfurt. Madrid, Vervuert Verlag-Iberoamericana, 1998, p. 106.

“constitución” y la “democracia”, para luego ser masacrados por una causa que desconocen y que favorecerá a uno de los políticos –en este caso el mismo latifundista– que se disputan el poder. También la violencia de que es objeto el barrio Matavilela, cuando es desalojo hacia las pampas del Guasmo por las autoridades municipales, por intereses particulares de renovación urbana.

Pero la violencia, cada vez ha ido mostrando rostros más sofisticados y puede expresarse a través de “homicidios, desapariciones, heridas corporales infligidas intencionalmente; amenazas, chantajes, intimidaciones, presiones indebidas como el secuestro, y agresiones verbales o gestuales, figuradas o simbólicas, que laceran la integridad emocional; o se manifiestan bajo la forma de atentados contra los bienes de los ciudadanos, que vulneran sus economías”<sup>71</sup>. Estas formas de violencia pueden causar daños físicos y trastornos psicológicos, que limitan las funciones individuales y de grupo, afectar la autoestima o provocar la muerte. Pero todas, sin excepción, irrespetan y quebrantan los derechos ciudadanos y humanos.

En *El rincón de los justos*, podemos encontrar varias formas de violencia. Desde aquellas que parecen inofensivas como el grito –violencia verbal– del Sebas: “viringo”, en una tarde de aguacero, en contra del Fuvio de ocho años. “Fue como un latigazo, como una patada en el centro del pecho, porque Fuvio saltó sobre el Sebas como un relámpago. Caído, el burlador seguía gritando; los golpecitos leves del bizco atormentado apenas lo lastimaban”. (p. 14)

La simple imaginación de una persona puede inducir a la aversión de otra: el Mañalarga “viendo” a Sebastián encender un fósforo en la penumbra del corredor, desde entonces lo creyó su enemigo: “el punto de fuego en la mano del Sebas fue el aviso para una batalla que se inició cuando por última vez él llevó sus posaderas a la

---

<sup>71</sup> Alberto Concha Eastman, Fernando Carrión, Germán Cobo (eds.), *Ciudad y violencia en América Latina*, Quito, Programa de Gestión Urbana - PGU, 1994, p. 28.

banqueta de Tello Revistero". (p. 29) Por eso, quería que su hijo regresara de la "mili", y "comience a luchar". (p. 62)

También la burla que los colectiveros celebraban con bocinazos, mientras los cobradores, con los billetes enrollados en los dedos, le gritaban, "buena Sebastián, ahí comiste", que provocaba que "él los miraba con fijeza, tratando de grabarse sus rostros", para algún día, "murmuraba empapado en furia", detenerles el vaso en la mitad de la cara. (p. 32) Ese espíritu de pelea se manifestará, también, en la función del equilibrista en el parque Centenario, y con la misma táctica del grito: "Apaga la lámpara", dirá escondido entre la multitud. Cristof sentía furia y a la vez temores, porque aquel grito llevaba una carga negativa, un mal augurio, que esperaba descubrirlo antes de que acabara con su vida. Y no sólo fue ese grito, también fue otro: "tiene un peso en los zapatos", que Cristof sintió "que más que furia había brutalidad en aquellas palabras." (p. 83) Arriba, como en un receso que los enemigos se dan en plena batalla, Cristof "sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente". (p. 83) Si bien no pudo ver al que quería su muerte, al menos esta batalla no terminó con la muerte. "Se cierra el tongo", dijo el Sebas como último grito. Y, en realidad la rabia, la ira, el deseo de venganza, le acompañarán hasta casi su muerte: recordando la herida que le causó Marcial, aún piensa en clavarle su daga, hundirle "el mango de la cuchara que yo mismo afilé como se hace en la cárcel". (p. 143)

Los castigos que se recibían en el colegio Mercantil, "donde la obligación de asistir a las misas matinales se acompañaban con látigo o cuatro horas de encierro en el calabozo del piso de abajo", según recordaba Sebastián con una sonrisa. O cuando entregaba su mano abierta para que la palmeta de madera cayera sobre ella, enrojeciendo los dedos, hinchando la línea de la vida y la marca de la muerte". Y el recuerdo del rector, su figura cadavérica, "siempre, embutido en su detestable traje blanco", limpiando "con esmero de coleccionista la calavera plástica con que

amedrentaba a los estudiantes” y que Sebastián, “el día que pagaba una culpa llena de falos enlazados en los cuadernos de sus compañeros, rompió de un golpe, destrozó ese falso maxilar, hundió los pómulos, arrancó los molares hasta que el plástico quedó hecho polvo sobre el piso”. Y junto al rector, aparecía “el verdugo Ugarte, acariciando la verga de toro con la que se vengaba de las traiciones de cama, de los malos aliños que atacaba su úlcera arrancándole suspiros de dolor escupitajos verdes que los estudiantes evitaban pisar para seguir andando”. (p. 33)

Y que, además, su labor restrictiva no la circunscribía al colegio, sino también en sus afueras, blandiendo su látigo se aparecía por la Esquina del Ojo; los “pavos” del Colegio Mercantil huían del verdugo, que anotaba los nombre de los que pudieron fugarse. (p. 53)

Tal vez fruto de alguna pelea –violencia física– en el bar, “una cicatriz que una botella rota marcó en su pantorrilla [la de la Narcisa salonera] una tarde lejana”, podía llamar la atención de las Damas de la Caridad. (p. 45)

O en una relación de pareja, mantenida pese al hastío, como es la que se da entre Chacón y Leopoldina, puede brotar el enojo: “algún día vas a oír las campanadas del fin sonando en tu cabezota, no te salvará ni el mejor brujo del Oriente, ni los putos gringos, toda la sangre de mono que trajiste no te tapaná los caliches”, grita Leopoldina y, más todavía, muerde su labio inferior y “furiosa prueba su sangre que brota en un hilo”. (p. 49)

Cuando Fuvio Reyes, que no quería saber nada del desalojo de la vecindad, se rebela contra la caricia del equilibrista, éste “sintió que se le avinagraban los labios de furia, escupió con fuerza mirando al muchacho que entre susto y susto trataba de sonreírle”. (p. 58)

Si bien la pelea callejera que se narra entre Marcial y Sebastián es una forma de violencia, creemos sin embargo que no es la intención de Velasco Mackenzie

planteárnosla en ese sentido. Se trata más bien de recuperar la memoria de aquellos pleitos de antaño que se regían por ciertos códigos de la tradición. De ahí que, dada la rivalidad entre los dos contrincantes y empujados a la lucha por motivos ajenos: Marcial por obedecer al padre y Sebastián por guardar la imagen del hombre fiero, tarde o temprano tenían que enfrentarse. Por eso, cuando tocaron sus codos al cruzarse en la calle Colón, “cada quien elevó una ceja desafiante y se detuvo”, a un paso el uno del otro. Entonces aparecen aquellos que alientan la pelea y formando un círculo gritan: “Peléale, peléale”, porque entienden que “en verdad ninguno de los dos quería luchar con los puños sino con las miradas”. (p. 86)

Entonces debe haber alguien que empuje a uno contra el otro para que comience el pleito. Y como era costumbre que los que cruzaban golpes se sacaran las camisas, las lanzaron hacia atrás “donde cuatro pares de manos estuvieron prontas a recibirlas”. Se ataron bien los cordones de los zapatos, con la mirada atenta a cualquier movimiento del adversario, y poniéndose en guardia se trenzaron a golpes de puño y chalacas en medio del griterío de los simpatizantes. El círculo de curiosos que ahora iba en aumento, lógicamente debía obstruir el tránsito de los “colectivos”. Cuando los peleadores cayeron al suelo, debía separárselos: “sepáralos, sepáralos”, gritaban. En este caso, la pelea termina por la intervención de los policías y las camisas son devueltas a sus dueños, que protegidos por sus amigos corretearon entre la multitud. (p. 86)

Algo parecido sucede en el juego del fútbol callejero, donde se aprende que cuando alguien se desquita por alguna mala jugada que le hacen, “se queda mano a mano”. Así sucede, en efecto, entre Sebas y el Patuco.

El control policial también está presente, y se ensaña muchas veces con el más débil. En el barrio de Matavilela, donde la vida asomaba a flor de piel, en esa calle de putas y ladrones, “los policías apaleaban a algún borracho que dormitaba en

el zaguán de la Federación de Trabajadores, donde las putas hacían rebajas a sus clientes, estudiantes que buscaban emociones fuera del colegio Mercantil". Por ello, el rector, tuberculoso y cadavérico, "solía organizar batidas morales, llevándose a sus pupilos de los bares, agarrados de la moña, anotados sus nombres y señas en la libreta espiral con una caligrafía inglesa inútil y perfecta." (p. 66)

En una forma de control local, cuidando que los revendedores, presentes en cualquier espectáculo popular, no hagan de las suyas: "En los bordillos los revendedores ofreciendo los boletos, a veinte sures a veinte, desapareciendo rápidos de la mirada de los municipales que los persiguen agitando los tortolos de caucho contra sus cuerpos". (p. 161)

Pero también la tortura está presente. Así, cuando el Diablo Ocioso fue a parar en la Correccional de Menores por un robo doméstico, y por no querer comer alimentos preparados con descuido, se rebeló contra el guardia rompiéndole el puente de la nariz, razón por la que fue conducido "al infierno", un cuarto reducido y sin ventanillas, donde fue torturado:

Las cuerdas de trompo con que lo sujetaban comenzaron a presionar amaratando los pulgares, hinchándolos hasta formar dos pequeñas cabezas en sus manos anchas. La soledad, el dolor, todo menos el miedo, doblegaron al Diablo que en el infierno sintió la necesidad de oír, escuchar las pisadas que se acercaban, las voces duras repitiendo insultos, las puertas que se abrían y se cerraban para, finalmente, dejarlos adentro, atrás de él, de su espalda desnuda que comenzó a recibir los golpes de un látigo envuelto en un trapo mojado para que no dejara huellas. (pp. 107-108)

Cuando terminaron de torturarlo, "no supo, en verdad, cuando lo bajaron, en qué momento le ataron bocabajo sobre un jergón, con las piernas y los brazos inutilizados". Solamente supo que, "en la oscuridad, veinte cuerpos cayeron sobre él, no pudo mirar sus rostros, anotarlos en la memoria para la venganza que tendría el mismo dolor". (p. 108)

Por eso es que, como lo reconoce el Diablo Ocioso, la furia es el “mal tremendo de Matavilela”, que ha terminado por doblegar al viejo Mañalarga, a Cristof, al Sebas, e incluso a él. Porque cuando la violencia se vuelve cultura, las emociones negativas (odio, celos, ánimo vindicativo, resentimientos, ambición, envidia o frustraciones), que se manejan con referencia a los valores éticos y tradicionales de una sociedad, se transforman en agresiones, debido a que los valores se han trastocado y los impulsos se canalizan y manejan desde nuevas representaciones. (Alberto Concha: 29-30)

Para aproximarnos a la violencia en el texto de Huilo Ruales, creemos que debemos referirnos a un momento específico de nuestra historia: el gobierno de León Febres-Cordero, que bajo el lema “pan, techo y empleo”, alcanzó la presidencia por primera vez mediante un sorprendente gasto de recursos “aportados por poderosos núcleos oligárquicos al parecer constituidos en verdadera empresa electorera, ávidos de cobrar dividendos”<sup>72</sup>. Fue considerado por Reagan como un auténtico “amigo del alma”. Y en conjunción con sus Chicago boy’s –A. Dahik, F. Sweet, C. J. Emanuel– profundizó la práctica del neoliberalismo encaminada a que el mercado y su magia resuelvan los problemas de nuestra socioeconomía. Sin embargo, las medidas económicas que se tomaron, más beneficiaron al capital monopólico local y transnacional que a los industriales de nuevo cuño y, por supuesto, a los sectores sociales mayoritarios. Por lo que hubo estragos y quiebras de empresas medianas y pequeñas, con la consiguiente agudización del desempleo y la inflación. Este “gobierno de los empresarios”, como solía llamarse, inició su ofensiva contra el sector estatal de la economía a través de las llamadas “privatizaciones”<sup>73</sup>. Mantuvo congelados los sueldos, lo que produjo “un deterioro de

---

<sup>72</sup> Jorge Salvador Lara, *op. cit.*, p. 555.

<sup>73</sup> René Báez, *op. cit.*, p. 205.

casi el 50 por ciento en el salario real de los trabajadores, en los dos primeros años de gestión 'reconstructora' ”<sup>74</sup>.

Febres-Cordero instauró un estilo de gobierno autoritario (según algunos historiadores, muy parecido al de los “poderes omnímodos” de Arroyo del Río), fuertemente matizado de arbitrariedad y rayano en el despotismo, basado en una personalísima interpretación de las leyes (“la obligación del presidente es cumplir y hacer cumplir las leyes”), y a tal extremo llegó el abuso que el gobierno fue calificado de “dictadura civil”, por ello sufrió alzamientos militares y motines<sup>75</sup>. Fue así, “el principal responsable –a veces confeso– de acciones que cubrieron de vergüenza al país e hirieron profundamente su conciencia cívica”. Realizó una atosigante propaganda oficial, presionó a medios de comunicación, hubo corrupción al más alto nivel (al concluir su mandato había un “gabinete en el exilio”<sup>76</sup>), auspició bandas paramilitares y de rompehuelgas (como la de Toral Zalamea en Guayaquil), insultó y persiguió a dirigentes políticos, sindicales, estranguló financieramente a las universidades, desalojó pobladores, despidió y canceló empleados públicos y practicó la tortura y el asesinato (especialmente de militantes o simpatizantes de los grupos “Alfaro Vive, Carajo” y “Montoneros Patria Libre”, a quienes aplicó la “ley fuga” por terroristas). “Un auténtico cuadro de terrorismo de Estado que le valió al país la penosa distinción de aparecer en los informes de organismos como Amnistía Internacional... y hasta de la pro imperialista SIP”<sup>77</sup>. Pero quizá la verdadera causa para mantener este “idóneo” aparato represivo fue la exigencia de protección y seguridad para el capital extranjero, “cuanto más si su marco ideológico es

<sup>74</sup> Jorge Núñez, “La democracia amenazada”, en Varios autores, *Tiempos conservadores*, Quito, El Conejo, 1987. Citado por René Báez.

<sup>75</sup> Jorge Salvador Lara, *op. cit.*, p. 556. Vale mencionar el levantamiento del general Frank Vargas, en la Base Aérea de Manta, en marzo de 1986.

<sup>76</sup> A este respecto, Jorge Salvador dice que fueron frecuentes las “denuncias de escandalosos casos de corrupción administrativa en los que se vieron implicados ministros de estado, el secretario general de la administración, el secretario particular del presidente y hasta el mismo Febres-Cordero. Varios de los funcionarios acusados debieron salir del país, prófugos de la justicia, sin que algunos hayan podido volver”. (p. 565)

<sup>77</sup> René Báez, *op. cit.*, p. 207.

'neoliberal' y sus programas económicos responden a los de la 'economía social de mercado' y sus bases de apoyo fondo monetaristas"<sup>78</sup>. De ahí que se presentara al gobierno de Febres-Cordero como "campeón de la democracia y de la economía social de mercado". Claro que una "democracia" vista desde afuera y que, por lo mismo, no revelaba sus constantes violaciones a los derechos humanos, a la libertad de expresión, de asociación, al derecho a la vida misma.

La caída de los precios del petróleo en el mercado internacional determinó medidas económicas como alza, primero, y luego flotación de las tasas de interés. Triplicó la cotización del dólar a casi 200 sucres; la reserva monetaria bajó a cifras sin precedentes; el Ecuador se vio obligado a suspender el pago de la deuda externa que en este período creció en forma incontenible. Sin tapujos, favoreció a reducidos grupos oligárquicos guayaquileños, en especial a los agro exportadores, con desmedro alarmante de las clases populares castigadas por el incremento desmedido de los precios de los artículos de primera necesidad: efectos colaterales causados por la inflación, que aumentó en forma alarmante y al parecer incontrolable<sup>79</sup>. En efecto, la tasa de inflación que se mantuvo entre 1984-87 alrededor del 30%, se ubicó a fines de 1988 en cerca del 60%<sup>80</sup>.

En la segunda fase de su administración, Febres-Cordero vivió la catástrofe del terremoto del 5 de marzo de 1987, que destruyó 40 km del oleoducto ecuatoriano trasandino y la carretera paralela –impidiendo por seis meses la comercialización del "oro negro"–, así como parte de valiosas muestras de la arquitectura colonial de Quito<sup>81</sup>. En coordinación con el presidente Reagan, Febres-Cordero hizo declaraciones que atentaban contra la soberanía de Nicaragua, viéndose en la obligación de romper relaciones con este país. Privilegió en diversos órdenes a su

---

<sup>78</sup> Leonardo Vicuña Izquierdo, *Economía ecuatoriana 1986-87. Crisis, violencia, miseria*, p. 11.

<sup>79</sup> Jorge Salvador Lara, *op. cit.*, p. 559.

<sup>80</sup> Alfredo Becker, et al., *Pobreza urbana...*, p. 39.

<sup>81</sup> Jorge Salvador Lara, *op. cit.*, p. 560.

ciudad natal, Guayaquil, donde bajo el liderazgo de su gobernador en el Guayas, Jaime Nebot, construyó algunas obras (pasos a desnivel, intercambiadores de tráfico y rellenos en el suburbio), varias acusadas de sobreprecio<sup>82</sup>. Las inversiones públicas que se realizaron, en todo caso, fueron “todas de baja relación producto/capital y su asignación a unas pocas empresas originaron más efectos inflacionarios que de reactivación a otras actividades”<sup>83</sup>.

En definitiva, en el período de 1982 a 1987 creció el estrato popular urbano, pero sobre todo como consecuencia del subempleo y el desempleo abierto. Hurtado y Febres-Cordero, al aplicar fórmulas ortodoxas de salarios reales decrecientes, no contribuyeron a reactivar el sector moderno de la economía y, más bien, gran parte de los desplazados se ubicaron en el sector informal: el ritmo de crecimiento de vendedores, comerciantes y en servicios fue desde altos a extraordinariamente altos (13 y 22%)<sup>84</sup>.

Creemos que parte de esta realidad social está contenida en los cuentos de Huilo Ruales, especialmente en “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor”, donde a más de la pobreza y miseria a que han sido condenados los habitantes del centro de Quito, luego del terremoto del 96, se trasluce ese clima de violencia<sup>85</sup> que reinó durante ese período de nuestra historia.

Así, los “paradigmas” vienen a representar el control que el Estado ejerce sobre la población, a la cual la tiene atemorizada “con un hastiado e inútil miedo”, a pesar de que “desde hace meses ya no irrumpen en la noche de ese quito oscuro y devastado”. (p. 14)

---

<sup>82</sup> *Ibíd.*, p. 562.

<sup>83</sup> Alfredo Becker, et al., *Pobreza urbana...*, p. 41.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, p. 42.

<sup>85</sup> Aunque bien puede relacionarse con la violencia que vivió Latinoamérica en las épocas que le tocó padecer dictaduras militares, como observa Daniel Noemi Voionmaa en “Huilo Ruales y los extremos del mercado: hacia un límite de la estética de la pobreza” (URL: [www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v08/Noemí.html](http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v08/Noemí.html))

El Kinkón logra fugarse –como todos los presos– cuando el terremoto destruye el panóptico. Y cuando todo el mundo se buscaba, “hurgando por los escombros”, impotente ante la magnitud de la destrucción de Quito, que “se había vuelto loco”, pues aunque parecía absurdo o increíble, “del terremoto, cual roedores, se multiplicaban los niños harapientos, los mendigos, los enajenados que, como sumisos a una disposición esotérica, se desparramaban en el Quito moderno: para saquearlo, ensuciarlo, enfermarlo”, el gobierno, sin aceptar la ayuda internacional que se le brindaba, “decidió procrear a los paradigmas”.

los paradigmas eran policías y civiles que, ennegrecido el rostro, y con overoles de lona gris, durante las noches rastreaban la victoria, toctiuco, la loma, san roque, la bahía, la plaza de santodomingo, la tuentifor. caían de los techos, subían de las alcantarillas, saltaban de largos camiones de guerra, y aprehendían a mendigos, borrachos, indios, putas, maricas, huérfanos, gente harapienta y ambulante. en un principio los aglutinaban en los camiones y, tumefactos, heridos, los arrojaban en los páramos, en la selva; sin embargo, salvo los ancianos y moribundos, otra vez volvían a Quito, minimizando así la gestión de los paradigmas. (pp. 21-22)

Si embargo, “la época del auténtico terror” estaba por llegar. Fue cuando “la noche del Quito viejo y sureño poblaba sus oídos de gritos y disparos, aunque al amanecer la gente no encontraba rastro de muerte ni de sangre.” (p. 22)

Como se observa claramente, la gestión del gobierno es acabar con toda aquella gente que pudiera enfermar, no a toda la ciudad, sino específicamente a su parte “norte”. De ahí que los ataques se realicen en el centro y sur de Quito. Esa protección se refiere, sin duda, a las clases pudientes que se ubicaron a partir de la década de los setenta en ese sector de la ciudad. Es como si la pobreza y la marginalidad causaran miedo, y si se reprime de manera tan brutal al resto de la ciudad, es para evitar cualquier protesta que pudieran generar los más vulnerables de la sociedad. A otro nivel, además, esto nos lleva a pensar en la protección que se otorga a los grandes capitales del norte del continente.

Y esa labor es, obviamente, sistemática. Pero debe ser considerada como una actividad que se escamotee a la realidad; por eso, a los oídos del Kinkón llegan “rumores” de lo que le pudo haber pasado a los músicos ciegos, con los que debía andar la Virgencita: “a partir del terremoto los músicos ciegos de la tuentifor se refugiaron en los sótanos del templo destruido de santodomingo hasta que ocurrió la invasión y el saqueo del templo y la consecuente irrupción nocturna de los paradigmas que, en menos de media hora, transformaron el interior de la iglesia en una masacre de guerra”. (p. 23) Mientras la versión que nos ofrece el narrador es que “romeo y los otros ciegos a partir del terremoto del 96, lograron salvarse de las batidas parapoliciales amparados en las sombras de la iglesia destruida”. (p. 14)

Pero alguien podía atreverse a ir más allá. El doctor Andrango, “profeta que aprovecha el alba, corría con una herrumbrosa bomba de insecticida cargada de anilina negra y escribía como arañas los graffitis (sic) sobre el edén por toda la ciudad moderna”, se lo encontró “rapado, lentes destrozados sobre el pecho raquíptico y muerto a puntapiés y a culatazos en la pileta del niño meón del parque del ejido”. (p. 31) Ese debía ser el precio de la rebeldía.

En “el alma al diablo”, cuando Jesús recuerda el último tramo de su vida, luego de haber abandonado la penitenciaría de Guayaquil y entrado al mundo del hampa como el “rey del verbo, el arlequín, el protegido, el asesor de los reyes de la coca, del robo de autos, del proxenetismo, del sicarismo”, no olvida “las brutales batidas del 90 y la casi totalidad de sus protectores exterminados”. (p. 103)

También en este cuento, se da el hecho de la muerte de una persona, doña Clarita, la dueña de la cantina, a manos de Jesús, que empieza con asfixia: su brazo derecho, “una fuerte anca, se torna un candado en torno de la garganta” y termina con “hundir y levantar el puñal en un ritmo sincronizado pero no presente”, como “en busca del origen, o en busca de la nada”. (p. 106)

Pero si en *El rincón de los justos* había violencia en el nivel secundario de educación, en las “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor” la hay en el nivel universitario. Un profesor de la facultad de arquitectura tenía la fama de hacer perder el año “y a veces el porvenir” a sus alumnos, pero “por racimos”. (p. 16)

Lamentablemente, una violencia más instintiva y brutal, la del Kinkón, dejará al “cretino maestro” reducido a un “monigote de huesos rotos, sobre todo el esfenoides” y, sin enterarse de los móviles del asalto y la paliza, se lo hallará “muerto en el parqueadero de la facultad de arquitectura recién al amanecer”. (p. 17)

#### IV. Infiernos o “edenes”

Las ciudades de América Latina habían estado inmobilizadas, prácticamente, desde los siglos XVII o XVIII, con un lentísimo aumento de población; sólo en los albores del siglo XX comenzaron a despertar, hasta convertirse, a mediados de éste, en verdaderas ciudades: “anárquicas en su desarrollo repentino, anárquicas en su trazado, excesivas, irrespetuosas, en su afán de demoler para construir”. Y, por lo tanto, el hombre de estas urbes se convirtió en el hombre-ciudad de este tiempo, dentro de poblaciones que rompieron con sus viejos marcos tradicionales para pasar, rápidamente, a afirmarse con características propias.<sup>86</sup>

En el Ecuador, las ciudades terminaron de constituirse en la década de los setenta gracias al *boom* petrolero que, como ya hemos expuesto, trajo como novedad la modernización y la industrialización. La constante migración del campo a las ciudades, provocó el apareamiento de barrios pobres en los alrededores de las urbes, que evidenciaron los grandes contrastes humanos, económicos y sociales que se estaban gestando en el país. Con ello, poco a poco, especialmente Quito y Guayaquil perdieron su sentido de colectividad para convertirse en ciudades fragmentadas, donde cada grupo o estrato defiende sus propios intereses, envueltos en la lucha cotidiana por sobrevivir, aislados en su pequeño mundo:

Cada grupo de personas transita, conoce, experimenta pequeños enclaves, en sus recorridos para ir al trabajo, para ir a estudiar, para hacer compras, pasear o divertirse. Pero son recorridos muy pequeños en relación con el conjunto de la ciudad. De ahí que se pierda esta experiencia de lo urbano, se debilite la solidaridad y el sentido de pertenencia.<sup>87</sup>

Esa realidad, esa manera de ser de las personas que en ella viven, es la que va a interesar al escritor como parte de su oficio; por ello, la empieza a novelar con

---

<sup>86</sup> Alejo Carpentier, “Conciencia e identidad de América”, en *Tientos y diferencias*, ed. cit., p. 81.

<sup>87</sup> N. García Canclini, *Imaginario urbano*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1997, p. 82.

el fin de “inscribir la fisonomía de sus ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicismos y costumbrismos” a través de una actitud personal y artística. Aunque, agrega Carpentier, existe la paradoja de que nuestras ciudades *no tienen estilo*:

Más o menos extensas, más o menos gratas, son un amasijo, un arlequín de cosas buenas y cosas detestables –remedos horribles, a veces, de ocurrencias arquitectónicas europeas–. Nunca he visto edificios tan feos como los que pueden contemplarse en ciertas ciudades nuestras. Hay casas como comprimidas por las casas vecinas, que suben, crecen, se escapan por sobre los tejados aledaños, acabando por cobrar, con sus ventanas torturadas por la estrechez, una ferocidad de ogro de dibujo animado, presto a desplomarse sobre quien la contemple con alguna ironía.<sup>88</sup>

Sin embargo, más allá de esta dificultad, Alejo Carpentier reconoce que lo importante es que el escritor pueda *revelar* su ciudad, establecer sus posibilidades de relación –por afinidad o contraste– con lo universal. Y como ya lo ha entendido así, “sus novelas empiezan a circular por el mundo”. Claro que para revelar una ciudad hay que conocerla también por dentro, es decir conocer a su gente en su vida diaria. Y en este sentido, el escritor ecuatoriano se ha decidido por el protagonista urbano, pero no por el que se llena de triunfos y éxitos, sino por su contrario: el antihéroe, ese ser que vive la pelea de todos los días sin aspiraciones de grandeza ni trascendencia, muchas veces marginado por una sociedad injusta, en la búsqueda de su identidad en un espacio urbano fragmentado pero absorbente.

Por otra parte, la ciudad es también el lugar de nuestra memoria y nuestro tiempo (pasado, presente y futuro), donde habitan nuestros deseos y aspiraciones que se manifiestan a través de signos de lenguaje, códigos, normas de uso, etc. Es el escenario del encuentro, de las relaciones sociales, de la comunicación, de la convivencia. Esto implica que es una institución imaginaria. La ciudad es la gente y

---

<sup>88</sup> Alejo Carpentier, “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en *Op. cit.*, p. 12.

la gente, a su vez, la construye en un proceso complejo y colectivo de creación estética y cultural<sup>89</sup>.

Así, por ejemplo, en *En las calles*, de Icaza, la ciudad aparece como el lugar de salvación ante los embates de la modernización y los abusos de poder del patrón, pero no es más que el escenario para la lucha por la sobrevivencia: la brecha entre la ciudad y el campo representa en esta novela la disyuntiva del ser humano entre tener o no para comer; pero también, la esperanza callada por llegar a ser alguien.

Sin embargo, el espacio urbano no es algo neutro: las relaciones de poder y presiones sociales que se ejercen sobre él, determinan que se identifiquen y clasifiquen todos sus asentamientos. De ahí que su territorio se mida, divida y delimite para su apropiación, a partir de nociones como “trazado, límite, espacio privado y espacio público, una construcción que participa tanto de lo personal como de lo colectivo, profundamente imbricados en una compleja urdimbre de memoria histórica y vivencia personal”<sup>90</sup>. Por lo que la ciudad, o el barrio, se convierte en el elemento fundamental de toda identidad, en cuanto percepción de territorialidad y espacio personal. La dinámica de la vida urbana reivindica un “lugar de encuentro social” propio, donde el ser humano “afincado en ese territorio podrá resistir mejor los ataques del mundo, hacerse su vida”<sup>91</sup>.

En efecto, en *El rincón de los justos*, observamos un territorio plenamente delimitado que va “desde Machala a Quito y de Quito a Pedro Moncayo, siguiendo por Pío Montúfar, Seis de Marzo hasta llegar a Santa Elena”. (p. 55) Se trata del barrio Matavilela, signado como zona roja, porque tiene su propio comportamiento social, característico de sus habitantes. Está representado por los vecinos del patio de las carretas, quienes, a través del recorrido que realizan por plazas, calles y

---

<sup>89</sup> Fabio Giraldo Isaza, “La ciudad: la política del ser”, en Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.), *Pensar la ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996, p. 9.

<sup>90</sup> Fernando Aínsa, *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2002, p. 163-64.

<sup>91</sup> Friedrich Bollnoe, *Hombre y espacio*, citado por Aínsa: 164.

parques, portales, lugares de trabajo, de entretenimiento, escuelas, etc., reconocen al barrio como suyo y se reconocen como parte integrante de él. Este acto de reconocimiento se complementa con el nombre que le otorgan, asumiendo este territorio como una extensión lingüística e imaginaria<sup>92</sup>.

Llegar a Matavilela no era solamente un cambio de barrio, era también llegar a cosas desconocidas. El ambiente se percibía al dejar la Plaza Victoria y caminar por el parterre central de la calle Quito rumbo al sur. Enseguida se llegaba a los portales para tomar el ritmo de los transeúntes, rápido o lento según los motivos. Cualquiera día en estas calles, es día de ocio, musitaba Marcial, metido en medio de aquel floreo de miradas buscadoras, de vistas que se iban detrás de los cuerpos, sobre los traseros prominentes o sobre los pechos que abultaban en las blusas de hilo. Porque las mujeres que salían de sus trabajos tenían obligadamente que caminar por allí, vivir por un momento ese clima de ebriedad y de fiebre, meterse en aquel ir y venir de cuerpos en ropa leve, de cuellos goteantes y sobacos húmedos. (p. 65)

Y es que en realidad, como medita Marcial, mientras se va introduciendo en Matavilela, “cualquiera día es de ocio”, el ambiente mismo es de ocio: hay cachineros, putas en sus actividades cotidianas, y vagos que apuestan para pasar el tiempo, vale decir matar la vida:

Si era un atardecer, este se hacía largo, flotaba un olor penetrante de colonias baratas que lo empujaba a uno hacia los salones de la calle Colón mientras las luces se encendían. Los vagos de las esquinas solían realizar apuestas cuando se acercaba la hora del encendido. Guardaban sus relojes en los bolsillos y tiraban las monedas dentro de un círculo trazado con tiza sobre el pavimento. Cada uno iba gritando el momento cuando el día dejaba de serlo porque las luces brillaban de golpe arriba de los postes. El ganador se llevaba la apuesta y estaba obligado al convite en alguno de los bares cercanos. (p. 65)

Así se va definiendo el nombre del barrio Matavilela: matar la vida, que Erasmo, cuando explica a las Damas de la Caridad el lenguaje utilizado en el barrio —otra forma de delimitar un territorio—, lo ubica en la calle Colón, que “ellos llaman Matavilela”. (p. 104) Y más tarde, cuando se queda a vigilar la propiedad invadida en el Guasmo, con el dolor y la nostalgia por la muerte de Julio Jaramillo, dirá: “Mañana, los titulares hablarán de los que fueron sus amigos y las fotografías los

<sup>92</sup> Armando Silva, *Imaginario urbanos*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 2000, p. 48.

mostrarán envejecidos, tristes, alguien preguntará por mi requinto, no por mí; se enterarán que lo he perdido, que no tengo dedos ágiles que lo toquen, que me fui a vivir en una calle roja, a matar la vida que me queda, pero no podrán enterarse que estoy aquí.” (p. 154) Y tal es la identificación con el barrio, que Inés Saraste sentencia que no “habrá Matavilela sin nosotros.” (p. 131)

Pero también en la vida privada de sus habitantes así se lo identifica: en la relación matrimonial de Chacón y Leopoldina, en una de las tantas discusiones que tienen a consecuencia del hastío de sus vidas, ella le dice, mirándolo con desprecio: “juntos nos hemos comido los pichones de las palmeras, juntos matamos las gallinas jabadas, juntos estamos matando la vida.” (p. 48)

Es decir, a través de ese nombrar al barrio, sus habitantes refuerzan la imagen que tienen de él y lo convierten también en una realidad imaginada. De ahí que, los de afuera “se delaten” en su proceder: “Quienes no comparten constantemente ese territorio, no lo habitan, ni tienen por tanto los mismos objetos y símbolos, los mismos rituales y costumbres, son los otros, los diferentes”; y, por lo mismo, su realidad y su forma de representarla es diferente<sup>93</sup>. Esto ocurre con las tres Damas de la Caridad, cuando realizan su recorrido para recaudar las limosnas que servirán para la beatificación de la Narcisa Virgen.

Las recibe una vibrante vida callejera, flujo de automóviles, personas viajando en colectivos, gritos y gestos que aparecen desencajados para las damas: “Una mano se estira de una camioneta, mamacita, dice alguien detrás de esa mano y la mujer se sobresalta”; o mientras se detienen para observar en una vitrina prendas íntimas de mujer exhibidas a la “multitud”: “Qué tetotas, dice un gordo mirando los sostenes con los precios colgados en los tirantes”. (p. 51) Pero entre tanto bullicio y actividad, hay tiempo para la reflexión: Blanca, la menor de las tres, que está

---

<sup>93</sup> Néstor García Canclini, *Culturas híbridas...*, p. 183.

embarazada, recuerda sus “propias prendas caídas al pie de la cama”, mientras escucha la voz “del hombre que le pedía quitárselos pronto”. Y mientras el ambiente se torna más pesado, sabe que sólo “ese hombre miró su desliz” en un día como ese. “Ella, que juró ser pura cuando recibió en la iglesia Victoria la banda de la caridad, ella, solamente ella mira la vitrina brillante donde cientos de cuerpos se han reflejado al pasar.” (p. 52)

En Blanca se expresa la sanción de la sociedad, aunque de forma soterrada: la culpa por haber perdido su virginidad. Por ello, cuando la más vieja aconseja a la india vendedora que le pida a Dios castigue a los “paviolos” que tumbaron sus flores y yerbas medicinales, enviándolos a los “quintos infiernos”, ella escucha la palabra infierno, y la repite para sí, sintiendo grande culpa por la “infamia” de haber amado:

El sol sigue cayendo a plomo sobre la calle Colón; Jesús, qué bulla, dice la mayor y un hilo de sudor le llega a la barbilla. El pañuelito blanco y bordado recoge esa gota. Los motores siguen despidiendo un humo espeso y acre que al aspirarlo aplaca el silbante oleaje de los bronquios. La menor de las mujeres abre la boca y el aire enfermo entra como un río correntoso en los pulmones. (p. 52)

Es a través de Blanca que podemos establecer la diferencia entre lo que es Matavilela y el lugar de procedencia de ella:

En su barrio todo es distinto, calles anchas y limpias, un patio donde de niña solía pasear en bicicleta, el columpio que el padre empujaba con delicadeza, cuidando que ella no se lastimara las rodillas en los matorrales que crecían libremente sembrando un olor de almácigos y nardos domésticos. Desde la ventana de la villa su madre podía llamarla a cenar, (...) para poner fin a los juegos y a las conversaciones extrañas con el hombre que más tarde la poseyó.” (p. 53)

De ahí que esta realidad sea para Blanca como el infierno de la penitencia que debe cumplir. Al continuar el paseo, apenas si se fijan en los zapatos viejos que ofrecen los mercachifles a los transeúntes, o las camisas usadas que cuelgan de armadores mohosos, “esta vez sin precios ni vitrinas adornadas”. En fin, han descubierto que Matavilela “era zona que se regía por sus propias leyes”, incluso los

agentes del orden “veían en esas calles una zona privada, mundo aparte y rojizo donde vivir era caer en el espacio de las vacilaciones”. (p. 53)

En este sentido, también el viaje de los “ratas” desde la cima, luego de contemplar la ciudad iluminada a sus pies, hasta el barrio de Matavilela, donde atropellan a Fuvio Reyes provocándole la muerte, se convierte en otro descenso al infierno. Y así, se llega a la visión que tienen los de afuera sobre Matavilela: un lugar símbolo de mal; de ahí que, curiosamente, la muerte de Fuvio Reyes represente el fracaso del habitante de un barrio marginal por mejorar su nivel de vida. Se configuran, por lo tanto, dos rostros de la ciudad: uno luminoso y otro sombrío.

Hay otro recorrido por la ciudad –acompañado por ruido de motores y de la actividad de los obreros, del caminar de colegialas yendo a clases–, que lo efectúa Sebastián en horas de la mañana. Pero en esta caminata, la luz juega un papel importante: el sol impedía a Sebastián seguir en su cama, se sentía desnudo, “abandonado en plena calle bajo una luz ardiente que le quemaba la piel.” Ya en la calle, le gustaba ir a mirar los ritos iniciales del equilibrista en el parque Centenario, a entretenerse ante las vitrinas de los almacenes: “joyas y brillos que lo obligaban a cambiar de acera, cuadra a cuadra”. (p. 32) Entonces, a veces, la luminosidad reflejada le estorbaba, pero también le permitía descubrir otras verdades:

... el vidrio de los escaparates le parecía una infinita frontera. Muralla brillante, también el sol estrellaba sus fuegos en aquella pared y devolvía sus puntos encendidos hacia la pupila del Sebas que, haciendo visera con la mano, trataba de vislumbrar su interior; mujeres que se movían adentro como insectos en un frasco de vidrio. [Piensa en la Narcisa Martillo, pero...] las piernas eran otras, más cuidadas que las medias de nylon y los afeites, más cercanas entonces, porque la luz de la ciudad aproximaba las lejanías.” (pp. 32-33)

Es el placer de mirar desde el anonimato y gozar la intimidad de los deseos; pero, a la vez, es el acto que causa frustración, rabia o desaliento por la distancia que media hasta la realidad imaginada. Por ello, “la vitrina es un espacio de deseos;

su composición, el diseño, construye un escenario de posibilidades que sobrepasa lo realmente conseguible”. (Silva: 64) Y más precisamente, la luz reflejada en los vidrios, pues “la luz de la ciudad” acerca las lejanías. Los muros que ha creado la modernidad hacen más visibles las diferencias sociales.

Con el ruido de los martillos hidráulicos de las nueve –¿renovación urbana?–, que son “como tambor de fondo a los aleluyas que cantaban los fieles en la iglesia de San Francisco”, Sebastián “torció a la derecha como huyendo de las voces que repetían ese aleluya estridente. Cruzó la puerta de la iglesia y se inclinó; aquella inclinación era la herencia de sus años de estudiante en el Colegio Mercantil”. (p. 33) Hay en el recuerdo de Sebastián, por un momento, el sabor a piedad de fieles arrodillados y plegarias de reconciliación, que a manera de murmullo lo persigue. Tal vez es la luz de su interior la que lo llama; pero nuevos ruidos de bocina lo apresuran a su destino: debe olvidar esos paseos que le hacen renacer el Sebastián que lleva dentro: él es el temible Sebas de Matavilela. (p. 34)

Otras maneras de marcar el territorio se manifiestan a través de la expresión oral o escrita. La primera, es la jerga que utiliza la gente de Matavilela, y se incorpora al texto a través de la explicación que da Erasmo a las Damas de la Caridad: “Juro que no entiendo... Verán, adú es amigo y también parcerero y pana y yunta, cuatro palabras para una sola cosa.” (p. 103) Es decir, un lenguaje creado para guardar secretos a través de ciertos códigos del habla. Con lo cual, además, Velasco Mackenzie logra que el habla popular se presente a sí misma. Es decir, en nuestro país, es el hallazgo a la búsqueda de algunos escritores que desde el romanticismo del s. XIX en historias de vida, crónicas, testimonios, etc., “han buscado que *el habla* popular encuentre un sitio en el mundo *escrito*, que el discurso

coloquial –pueblerino o de barrio– ingrese al campo ‘legítimo’ de la cultura.” (García Canclini, *Culturas híbridas...*: 247)

La segunda trata de “marcar la ciudad en su epidermis”. (Silva: 33) Son los llamados graffiti que buscan subvertir un orden social, cultural, lingüístico o moral determinado. Por ejemplo: en *En las calles*, novela de Icaza, durante la huelga de la fábrica, un muchacho de la calle escribe en la pared: “Biba la huelga”. (p. 151); en “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor”, es el doctor Andrango quien escribe con anilina negra graffiti sobre el Edén por toda “la ciudad moderna”. En estos casos, al exponer lo prohibido, sea una consigna política o una frase inteligente, los graffiti (generalmente escritos de forma anónima) alcanzan su legitimidad.

En *El rincón de los justos*, el graffiti aparece circunscrito a un ámbito más restringido, pero sin perder su poder subversivo. En el bar de doña Encarnación, a donde los clientes van para mirar los pechos, los pezones de la salonera cuando los atiende en la mesa. En cierta ocasión, y por causalidad, el Diablo Ocioso rozó su pecho contra el de la Martillo Puta, que estaba de pie junto a la rockola; tuvo que ir al “water” para desahogarse y, desde entonces, llegó a ser su “eterno lugar sagrado”, ese “sitio inmundo” donde la gente trazaba dibujos obscenos.

Y después me dio nota de escribir en las paredes, (...) y te escribí la primera frase de un libro infinito, ahí, donde todo el mundo va por sus necesidades, yo metía mi mensaje: para la Narcisa va este verso: tú eres la sierva de los gozadores, o el otro en que te llamaba beata barata, porque no puedo evitar asociarte con la noboleña, ella dormida hace milagros cuando le pasan un trapito por la urna de vidrio, y tú, despierta, haces los tuyos, erizas la piel de esos enfermos que aplauden a tu paso como si fueras una artista. (p. 36)

Pero este escribiente, en principio anónimo, con la seguridad de que un día sacará de ahí a su amada para llevarla a un lugar honrado, decide “darse” un nombre para firmar sus mensajes: Raymundo. Aunque no se trata de un insulto, estas palabras provocan desazón en la Narcisa salonera, incluso el Sebas se siente acorralado “por los dardos del desconocido burlador”. Y es que por aparecer en un

momento que no se ha elegido, el graffiti constituye, para quien lo recibe, una “agresión”, una “arbitrariedad”, en fin, una “violencia”<sup>94</sup>. Algo semejante a lo que ocurre, cuando en una de las mesas del salón, Blanca, la menor de las Damas de la Caridad, con sobresalto descubre, mientras recorre con su uña algunos puntos negros, lo que otra mano desconocida escribió sobre la tabla: “aquí chupó miguelón, güevas para el que lee”. (p. 45)

Pero el bar El Rincón de los Justos es también el lugar público<sup>95</sup> donde se puede conocer con cierta fidelidad la vida de la demás gente de Matavilela y, además, construir “verdades universales”, aunque surjan del rumor, como sucede luego del incidente entre Marcial y el Sebas:

Dijo que solamente lo quería marcar en la nalga. Niño Niño, levantando el vaso. Pero lo alcanzó en la panza. Patafuerte, mirando el suelo, escupiendo nervioso en el piso del Rincón de los Justos. ¿Y aurora yuntas? Manos de Seda, preguntando mientras bebe de la botella. Le darán una cana larga, cinco vueltas por lo bajo. El Niño, sin moverse. Puta, es largo. Pibe de Oro, moviendo la pelota bajo la mesa. ¿Y quién vio al Diablo Ocioso? Patafuerte en voz baja. Creo que le dio miedo la sangre. El Niño, contestando con un dejo de ira. Cojudo, después dice que fue dañado, que se quedó sordo por una explosión. El Manos, todavía con la botella cerca de la boca. Es paro, yo lo vi salir cueteado cuando cayó el Sebas, los tiras podían pensar que fue él quien lo jodió y dispararle por escapero. (p. 115)

Es el sitio donde los bebedores del bar se manifiestan con su propio modo de hablar, y viven el sabor secreto de lo acontecido, acompañados por la música de algún cantor popular para alegrar el ambiente, pues “la cantina no es solo el lugar de perdición que un antiguo prestigio oscuro ha querido ver, sino también el de la fiesta posible, un lugar en el cual el orden cotidiano de los pobres se rompe de un modo

---

<sup>94</sup> Italo Calvino, “La ciudad escrita: epígrafes y graffiti”, *Colección de arena*, Madrid, Alianza, 1987, p. 105.

<sup>95</sup> Según Jacques Le Goff, (*La civilización del Occidente Medieval*, Barcelona, Paidós, 1999), la taberna fue, en la ciudad y en la aldea, el gran centro social: “Desde ella se difunden las noticias portadoras de realidades lejanas, las leyendas, los mitos. Las conversaciones que en ella se mantienen forjan las mentalidades. Y como la bebida caliente los espíritus, la taberna contribuye poderosamente a dar a la sociedad medieval ese tono apasionado, esas embriagueces que hacen fermentar y estallar la violencia interior.” p. 282.

ilusorio y a la vez real”<sup>96</sup>. De ahí que la canción popular (valse, bolero o pasillo) tiene mayor significación si refuerza la alegría o la pena del oyente, y quien la interpreta tiene la posibilidad de constituirse en mito popular, como lo fue Julio Jaramillo (J. J.). Recordemos que la novela se sitúa temporalmente en los días de la muerte de Julio Jaramillo, y que incluso un capítulo donde se narraba el día de su entierro se le extravió al autor, pues, a más de explicar este fenómeno sociológicamente, le interesaba “su dimensión mítica, su música y sus letras nostálgicas; es verdad que aparece a veces tangencialmente en mis textos, debe ser por cercanía, él siempre está presente en la ciudad de los manglares”. (*Letras del Ecuador*, n. 171, abril 1988, p. 6)

En consecuencia, la música popular está presente en la novela, y acompaña a manera de reflexión las circunstancias que viven los habitantes del barrio Matavilela. Suena más en la voz de niño Avilés que “cantaba en la Corte Suprema del Arte” (p. 58). Cuando recibe la noticia del desalojo, canta “si yo de aquí me alejo no es porque así lo quiera” (pasillo); cuando va a entrar al cuarto del viejo Mañalarga para prenderle fuego, “tuvo el cuidado de no cantar como era su costumbre cuando caminaba solo por las calles de Matavilela, pero fue repitiendo las letras para sí mismo” (p. 89); luego, consumado el incendio, encogido bajo la escalera “comenzó a cantar, eligió una canción al azar, sin importarle que no fuera la hora feliz, ni la sorpresa radial de las once; su voz, esa noche de fuegos fatuos, acompañó la vigilia de los desconfiados, aquellos que temían por una chispa viva, por un tizón enrojecido que devolvería las llamas con más fuerza.” (p. 92)

Está presente en la relación de pareja: la Leopa recuerda que cuando conoció a Chacón, éste le invitó a bailar y ella “se colgó de ese cuello sudoroso y fue dirigiendo sus pasos al compás de un pasodoble, porque era esa la música que

---

<sup>96</sup> Abdón Ubidia, *Referentes*, Quito, El Conejo - Universidad Andina - Abya-yala, 2000, p. 99.

siempre tocaban las orquestas al iniciar su actuación”. (p. 19) En la última noche de su estancia en Matavilela, en la radio sintoniza músicaailable y, antes del *strip tease* final, danza la cumbia “baila baila negra mueve la cintura”. (p. 158)

Cuando el Diablo Ocioso roza los pechos de la Narcisa Puta, justo empieza a sonar una canción de J. J. (p. 35) Sebastián, el momento erótico de la noche que pasó con Narcisa, canta despacito “Suave que me estás matando” (bolero), mientras la mano de ella se posa en su hombro. (p. 73)

Erasmus también canta en la noche de vigilia en el Guasmo: “todo lo que quise yo tuve que dejarlo lejos” (pasillo), la primera canción que acompañó a J. J., y “fatalidad sino cruel que su joyel se llevó” (valse), que fue la última (p. 154). Claro que con más fuerza aparecen en el cuento de Erasmus, sonando como telón de fondo, los grandes éxitos que J. J. hizo famosos durante su vida artística.

El espejo de Quito

Huilo Ruales Hualca (1947) es uno de los escritores de más importancia en la narrativa ecuatoriana de nuestros días. En la década de los ochenta integra el Taller de Literatura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana dirigido por Miguel Donoso Pareja, funda el colectivo La pequeña lulupa y participa del grupo literario Eskeletra. Aunque un poco tarde, empieza a destacar con el cuento “La importancia de la yugular en este asunto de la vida”, premio hispanoamericano *Rodolfo Walsh* (París, 1983); luego, gana el premio organizado por diario Últimas Noticias de Quito (1984) con *Y todo este rollo también a mí me jode*, el cual, según Diego Araujo<sup>97</sup>, muestra como característica principal “cuán plástico y expresivo puede ser el lenguaje

---

<sup>97</sup> “La novela ecuatoriana de los 80”, *Literatura ecuatoriana de las dos últimas décadas 1970-1990*, Cuenca, Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca - Casa de la Cultura, núcleo del Azuay, 1993, p. 50.

coloquial, llevando hasta el desquiciamiento los juegos y volteretas del decir literario”; en 1985 publica *Nuaycielo comuel dekito*; en 1989, el municipio capitalino le otorga el Premio Nacional Joaquín Gallegos Lara por *Loca para loca la loca* (Cuentos para despeinarse la cara); y por sus cuentos *fetiche y fantoche* recibe el Premio Nacional de Literatura “Aurelio Espinosa Pólit” (1993). Más recientemente ha publicado *Maldejojo* (novela, 1998), *El ángel de la gasolina* (poesía, 1999); tiene, además, una obra de teatro: *Añicos* (Quito, 1991).

Su escritura experimental afecta a la norma académica: los signos de puntuación, los espacios, la sintaxis y todas las pautas de lenguaje que utiliza son elementos que sirven para ambientar lo que narra<sup>98</sup>. Y esto se debe a la fascinación de Ruales por el lenguaje, “pero el lenguaje como tal, no sólo como el vehículo para decir situaciones o levantar conflictos entre personajes, sino él, de manera plena... y no necesariamente los acontecimientos que pasan fuera del lenguaje deben ser los que marquen la dinámica de un texto”<sup>99</sup>.

Sin embargo, algo que parece marcar definitivamente su escritura es la muerte de su padre. “Yo era muy muchacho y ante ese golpe quise reconceptualizar todo, redefinir todo... creo que ahí surge la necesidad de expresarme de alguna manera, sobre todo no tan a gritos sino más bien preguntarme por adentro, casi a mi organismo, qué es lo que pasa... en qué me falló Dios y todo lo que me había dicho. De ahí surgieron las ganas de escribir algo”<sup>100</sup>. Acontecimiento que le hará perder la fe en Dios, como afirmará en otra entrevista, y, a partir de entonces, sentirse “infinitamente huérfano” y comenzar a “caminar por el subterráneo de la vida y, en medio de esa gran incógnita, a buscar luces para contestarme.”

<sup>98</sup> Jimmy Herrera, “Negativo del escritor: Huilo Ruales Hualca”, en *La Hora Cultural*, (Quito) 30 de abril al 6 de mayo de 1995, p. 5.

<sup>99</sup> “El placer de escribir”, *La liebre ilustrada*, n. 8, (Quito) 30 de septiembre de 1984, p. 14.

<sup>100</sup> “Un diálogo con Huilo Ruales”, *Letras del Ecuador*, n. 172, (Quito) enero-abril 1990, p. 37.

Quizá una muestra de esta obsesión la encontramos en el cuento “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor”. Ahí aparece una visión apocalíptica de Quito, una ciudad en escombros, habitada por mendigos, prostitutas y emigrantes campesinos, que parecería olvidada de los hombres y de la mano de Dios. Un Quito que “siendo algo real, también es, como yo lo siento, una invención o una reinención de esta ciudad. Es un Quito que no existe pero al mismo tiempo sí existe dentro de mí y, seguramente, de muchos como yo”<sup>101</sup>. La experiencia de un Quito que le permite descubrir otros “Quitos”, “que no son tan legítimos ni diurnos”, poblado de personajes, en situaciones y atmósferas diferentes, en la búsqueda de una suerte de catarsis que los libere de su situación. En definitiva, un Quito que le seduce, incluso para hacer una o dos novelas: “Una sobre un Quito viejo (viejísimo), de alguna manera parecido, o más bien provocado, por el verdadero, el cual se me va borrando casi por completo; y el Edén (el reino donde se pasea panteramente mi fatal Isadora) que apenas se sugiere en el texto de la *Tuentifor*”<sup>102</sup>.

Pero en realidad, en “leyendas olvidadas...” hay también bosquejos de ese Quito antiguo, que aparece cuando el Roberédfor, en su camino hacia el Edén y luego de salir del congestionamiento de la terminal terrestre, entra a la quietud de un “quito remoto”:

Como que este nuevo sector, por alguna razón más sabia, se atrasó al movimiento del resto de la ciudad y más bien prefirió enquistarse en el medio siglo, en una apacible arquitectura –si no hubiera sido por el terremoto– de callejuelas adoquinadas y casas menudas con balcones españoles. una silueta encorvada que se escabulle en una esquina es la sola muestra de vida. (p. 68)

Y también la memoria del barrio de la Recoleta:

yuxtaposición de casas casi suspendidas en el aire, rodeadas de espacios verdes en declive y tapizados alegremente por la ropa recién lavada en el río

---

<sup>101</sup> Gustavo Abad, “El Quito de las absurdas soledades”, *El Comercio*, (Quito) 13 de mayo de 1994. Entrevista a Huilo Ruales.

<sup>102</sup> Huilo Ruales, “Juego de cartas”, en “Estudio introductorio” de Cristóbal Zapata a *Historias de la ciudad prohibida*, Quito, Libresa, 1997, p. 65.

machángara. aquella conjunción de tonalidades y ocupación del espacio que, bajo el sol, lograba una candorosa tentación para los acuarelistas, con el terremoto se ha convertido en una verruga gigantesca. (pp. 68-69)

Y como Ruales tiene fascinación por lo otro, “la otredad, el lado ambiguo de la cosa, de la vida”, esa parte oscura que la literatura le permite “ir recuperando ... , la posibilidad de decir cosas que eran prohibidas”, también nos dice de un Quito nocturno, donde los males urbanos se agravan y la ciudad se torna más insegura: la tuentifor, que durante el día es un mercado humano “de voces y músicas”, “reguero de cachifes, putas tumefactas, y funerarias”, cuando la Virgencita salía a buscar por la noche a su Romeo, que no volvía porque se hallaba “sumergido en bacanales de rones y mujeres”,

se zambullía en la tuentifor, de puerta en puerta, por el mercado de las flores plásticas, por los zaguanes que conducían a los burdeles más antiguos del mundo, por los salones nuevos pestilentes de aceites rancios y cerveza, por cada vericuetto, puente, sombra. y romeo no existía. por eso la virgencita bajaba a tientas al aguardiente, a la hierba, a la cocaína, a cierta promiscuidad de cuerpos que a veces culminaba en ese cuerpo iluminado del romeo. pero inclusive cuando romeo efectivamente llegaba ya no era cierto por más cierto que fuera: romeo se había vuelto trashumante, como todo lo que provenía del sueño de la droga. (p. 51)

De una plaza de Santo Domingo diurna llena de “bocinazos, música rockolera y gritos”, que pasa a otra nocturna, llena de borrachos y mendigos, reunidos en torno a canelazos o algún polvo que les salve la noche y, después del terremoto del 96, con una iglesia de Santo Domingo, en escombros, refugio de gamines, campesinos, ciegos y borrachos. O el compendio de los “otros quitos”, la metáfora del infierno para el Kinkón: “la terminal terrestre: laberinto de escaleras y ángulos oscuros poblado de maricas y rateros, niños de rostros malvados zambulléndose u emergiendo de las fundas de pegamento, pesquisas desquiciados, amarillos pasajeros“. (p. 67) Ciertamente, un Quito de submundos diurnos y nocturnos

“colmados de desarraigados, laberinto donde nadie encuentra la salida ni la raíz”<sup>103</sup>, porque si alguien tiene una esperanza, como en el caso de Roberédfor y Kinkón, la muerte finalmente se encargará de aniquilarla.

Al parecer, los personajes de Huilo Ruales sólo pueden ser consumidores de drogas, alcohólicos, locos, mendigos, discapacitados, delincuentes, prostitutas, seres sin hogar, que pueden ir a la cárcel por cometer algún delito. Alejados de la “ciudad moderna”, que los abandonó debido a la modernización, viven un sueño trocado en “otra” realidad más dura e insensible, violenta y próxima a la muerte. Y, más todavía, como seres prisioneros de la vida, marginados por la acción persecutoria de los paradigmas. La degradación no sólo es física –el centro de la ciudad, la iglesia de Santo Domingo, se ha convertido en un tugurio–, es también espiritual. Parece representar el fracaso de la modernización, que ha condenado a los habitantes de la “tuentifor” y sus contornos, a moverse entre unos límites precisos, de zona “peligrosa”, con “otra” escala de valores, con “otra” forma de mirar y comprender la vida. Es decir, un espacio urbano –¿o ruinas de lo urbano?– diferente al “espacio visible”, la otra cara del proceso modernizador, que nos recuerda la actitud de la sociedad medieval, en la cual los parias, vagabundos, ladrones, etc., eran mantenidos a cierta distancia de la ciudad “que quede lo bastante próxima como para tenerlos a su alcance. Lo que ella denomina su caridad para con ellos se parece mucho a la actitud del gato que juega con el ratón”<sup>104</sup>.

De ahí que la esperanza asome como un espejismo, que se traduce en un sueño, en la búsqueda de un espacio alternativo o de simple evasión: el Edén, al que todos aspiran, pero del que, así mismo, cada cual tiene su propia versión. Es decir, nos enfrentamos a la búsqueda o a la invención de un mito que, por la

---

<sup>103</sup> Ania Müller, “Desarraigado arraigado en el laberinto humano”. Entrevista a Huilo Ruales en *Chasqui, Mensajero de Iberoamérica*. Berlín 9 de Julio de 2004 (URL: <http://www.chasqui.de/index.php?ch=noticia&idn=>)

<sup>104</sup> Jacques Le Goff, *La civilización del Occidente Medieval*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 284.

creencia que inspira, dé significado o una respuesta a la realidad de la existencia; tal vez con el simple deseo de evadir una realidad adversa o de imaginar otra posible. Y ello justifica que en torno a ese mito se vayan tejiendo “leyendas” –¿del reino de la tumentifor?– que se entretujan en esta narración.

Sin embargo, alcanzar ese Edén no será tan sencillo. Los familiares de la niña que vendía frunas en las paradas del trolebús, “perecieron aplastados al tratar de cruzar la autoruta”, arrollados por autos, camiones y motos que “los perseguían”. Ella pudo regresar porque se quedó quieta: el Edén estaba al otro lado de la autoruta, “era grande como los castillos de los cuentos”. (p. 28) Tampoco era posible llegar a él, como decía el doctor Andrango, por la alcantarilla ubicada al pie de un monumento, ya que ésta sólo se podía abrir cuando se inundaba Quito; varios en su intento, como la amada nerva y su borracho amante francés, que “luego de haber abierto la tapa, cayeron con el lodo de Quito”, murieron por asfixia “con lodo, cucarachas y ratas negras”: no fueron elegidos por no tener “el alma buena”. (p. 29)

Otro de los accesos posibles al Edén estaba en el vientre de la “virgen gigantesca y alada del panecillo”, que con el terremoto voló sin saber volar sobre el sur de la ciudad “partiéndose en escamas de bronce y matando a la mayor parte de niños de una escuela”. Por eso, si el Edén aún existe “anda perdido”, el secreto “se lo llevaron en su inocencia muerta todos esos niños”.<sup>105</sup> (pp. 31-32)

La Diomenia conocía, gracias a un cliente suyo, que el Edén no era un sitio sino un anhelo:

---

<sup>105</sup> Sin duda, Huilo Ruales ironiza la religiosidad popular de nuestra gente, en especial su devoción mariana que, desde tiempos de la Colonia, ha estado ligada a eventos sísmicos o erupciones volcánicas. En nuestra historia hay una serie de descripciones de cómo esta religiosidad, relacionada con terremotos y erupciones, influyó en la vida cotidiana de los quiteños. De ahí que, a partir de 1575, la Virgen de las Mercedes, conocida como la Virgen del Terremoto o Virgen del volcán, sea venerada en los desastres naturales que ha sufrido la población de Quito. Esta veneración está asociada también con los relatos de la beata Mariana de Jesús, devota de la Virgen de las Mercedes, a quien se atribuye la frase, tan frecuentemente repetida: “Quito (o el Ecuador en otros casos) no desaparecerá por los terremotos sino por los malos gobiernos”. (Inés del Pino y Hugo Yepes, “Apuntes para una historia sísmica de Quito”, en Fernando Carrión, et al., *Centro histórico de Quito: Problemática y perspectivas.*)

... mientras más fragoroso es el anhelo más real se vuelve el edén: el edén se multiplica como los hombres: como los espejos. por eso el edén de quito es un espejo de quito y, así como sucede en todos los espejos, quito en el espejo no se repite: es el otro lado: lo que aquí es escombros allá es nacimiento: lo que es vacío allá es música: la muerte no cae del techo a la sazón de los paradigmas: convive en paz: el edén es el jardín del silencio, la libertad y la paz: el edén no es un sitio, ni para llegar a él hay un camino. (p. 32)

En fin, un espejismo de Quito que parece vislumbrarse, como lo sugiere Ruales, en aquel Edén que conocen los vagabundos de la Iglesia de Santo Domingo: “el reino de la droga”, ubicado “en el fondo de la noche del quito moderno”, desde donde el Soberbio Rey de Gafas Oscuras mueve los hilos de la droga en el centro de la ciudad y la destina hacia el sur. (p. 33) Es decir, el comercio y el consumo de droga, uno de los ingredientes que trajo consigo la modernización, junto a la ilusión de una sociedad de bienestar más justa para la mayoría de los habitantes del país, y que aceleró, por otra parte, el desplazamiento de Dios del ámbito público de los hombres, para reducirlo al fuero interno, íntimo de cada persona. En este sentido, Ruales, en su proceso de redefinición de lo religioso, nos propone la desacralización del Edén bíblico.

Pero, siguiendo con las “leyendas olvidadas...”, ¿quién podía ser el “héroe” capaz de realizar el viaje y acceder a la ilusión de ese “edén” escondido?

A la Plaza del Teatro, desde la pensión Buenafé y en su silla de ruedas guiada por un indio afeminado, llegaba Roberédfor para realizar su trabajo: sin camisa era una suerte de monstruo con “dos jibas” en su caja torácica, una en el pecho y otra en el omóplato:

bastaba que inflara la mezquindad de su tórax y manoteara el aire con sus cuatro extremidades de rana, para que el torrente de burócratas, amas de casa, estudiantes, dibujen a prudente distancia una media luna compacta. sin embargo, el caudal de curiosos, y sus monedas que llovían en la bandeja de plástico rojizo ubicada al pie de la silla de ruedas, no provenía de la simple misericordia con el hombre rana aquel ni por cierta lujuria comparativa solamente. era el verbo del roberédfor. en él estaba el poder así como solía explicarlo a manera de introducción: *dios, al hacernos, para no aburrirse nos*

*hizo de dos maneras: a unos con el monstruo adentro, y a otros con el monstruo afuera: este último es mi caso: mi belleza radica en el verbo. (Las cursivas son del autor, p. 35)*

Ese poder del verbo que se atribuye, arrebatado al “aburrido” Dios que lo creó, le servía, cuando caía “en trance” y se tornaba profético y apocalíptico, para fascinar y provocar la catarsis del público que lo escuchaba. El dinero que obtenía lo gastaba con los vagabundos y bandoleros de la plaza de Santo Domingo. En esa época de esplendor conoció al Soberbio Rey de las Gafas Oscuras en su aposento del Infierno Azul (prostíbulo), a quien embriagó con su “verbo fantasioso”, a cambio de licores, drogas y mujeres reales que alimentaban su fantasía. Ello le mantuvo “con cierto pudor en el submundo de la plaza de santodomingo”. (p. 37) Pero esta vida fue “matando sus maromas verbales” hasta dejarlas embalsamadas, sin vida; sobre todo a partir de la muerte de su copiloto: quedó reducido a la mitad, tuvo miedo de la soledad y quiso “borrarse” en su mundo de vicio y promiscuidad. Y fue tal su decadencia que tuvo que pagar canelazos a desconocidos y borrachos para que escuchasen sus absurdas aventuras sexuales; terminó por ser “un vulgar mitómano, un crispado paranoico lleno de tics nerviosos y tartamudeos”. (p. 39)

Un descenso parecido ocurre con Jesús, el protagonista de “el alma al diablo” –también deforme y en silla de ruedas–, que luego de ser despreciado por una cabaretera colombiana, termina asesinándola, va a la cárcel y allí aprende el “oficio del verbo”, y encanta con parábolas a su “séquito de apóstoles del mal”. (p. 100) Más tarde, ya en libertad, en una noche, que debe ser la de “la última cena”, Jesús se siente “traicionado” por sus amigos, pierde su silla de ruedas –su dignidad, su “único logro”–, comete otro crimen –¿el de su propia madre?–, para, finalmente,

cansado del espejismo creado en torno a él por “el humor negro de dios”<sup>106</sup>, y de alguna manera sintiéndose “resucitado” al comprender que su silla de ruedas no era más que “un estuche, una jaula, o más bien una celda superada”, ingresar “en la neblina y en la oscuridad espesa del agua (...) como que intencionalmente quisiera ser el primer ahogado en esta tempestad quiteña”. (p. 109)

Si bien Jesús encuentra la solución en la muerte; en cambio, Roberédfor, luego de su muerte simbólica –hace añicos el espejo de la pensión, llora hasta dormirse y en sueños atraviesa la ciudad hasta “un sitio extraño” dominado por un palacio, donde le esperan los capos de la droga–, y de escuchar a Kinkón hablar sobre el “edén”, recupera el sabor de la vida, de la esperanza: los que no volvían de aquel lugar eran “los dueños de la noche y de la droga”, entonces, ¿por qué él no?

Así se inicia el viaje del Roberédfor y el Kinkón. La Virgencita, desterrada del “edén”, necesita de una droga: el edén azul, para bajar a reunirse con su Romeo. Ella les hace el croquis del camino a seguir y les indica la hora correcta, “única” –las tres de la madrugada– para cruzar la “serpiente puta y voraz”, solo en ese momento adormecida, y llegar al “edén”. Salen a las dos y media de la mañana, atraviesan la tuentifor. Un monólogo denota la relación profunda entre Roberédfor y la ciudad:

no voy hacia ninguna parte. estoy huyendo de mí. yo soy quito. sus lomas, sus bajezas, sus desgracias son mías. el edén es tingarme, aplastarme como piojo y punto. no existe tal edén y si existe no es sino un asilo de lisiados y andrógenos como yo. (p. 62)

Una relación existencial que aparece patológica. Esquivan a los paradigmas de la calle la Ronda; llegan al mundo sórdido de la terminal terrestre, el compendio de los “otros quitos”. Allí, Roberédfor, sin soberbia ni autoengaño, experimenta por primera vez odio a esta ciudad: “un odio orgánico a quito cuya alma se dibuja con

---

<sup>106</sup> Si bien el cuento nos plantea un Jesús más humano (como el de los Evangelios), diríamos incluso más humilde, traicionado, capaz hasta de matar (diferente en esto al del Nuevo Testamento), esta frase nos recuerda al César Vallejo de *Los heraldos negros*.

maestría en esos mastodontes de cemento”, donde vio cometer los abusos más crueles en contra de ancianos, niños o seres débiles como él; por eso, “aunque el edén no exista, jamás podría regresar a quito” (p. 67) y, más aún, sabe desde ese momento que tiene el suficiente valor para matarse, que “está superando irreversiblemente la vida suya y la de este quito”.

Es ese el andar del ser humano en su intento por superarse: hay atracción, pero también temores por enfrentarse a sí mismo. Fuera de la pesadilla de la terminal terrestre, se sumergen en otros “Quitos”. Llegan a las dos rocas gigantes, que inicia el meandro que conduce al bosque incendiado, luego del cual está el túnel de acceso a la autorruta: eran “las dos y cincuenta de la mañana”. Roberédfor al fin comprende que “irse de quito tampoco era nacer de nuevo. uno era siempre uno mismo. Llegar al edén no lo liberaría de él mismo”, (p. 70) que “quizá la parodia más grande que montó durante toda su vida fue aquello de dibujarse para sí, para los otros, un monstruo interior. y que esto no haya sido cierto nunca, como no había sido nada cierto en él”. (p. 71) Porque, en realidad

el estupor que le causó el mundo, la maldad del mundo, la locura destructiva de los hombres, la violencia con la que lo maltrataron toda su vida, desde niño, ese estupor, fue aquello que le conminó a inventar de labios para afuera su monstruo interior: para defenderse. (p. 72)

Este descubrimiento significa que no había abandonado su inocencia, que guardaba el tesoro de la verdad: “su cinismo verbal, sus poses de payaso miserable y ruin” fueron artimañas para ocultar su debilidad, “para que no lo comieran igual que a todos los débiles”. Por ello, este viaje absurdo, “generado por los locos brotados de quito, un viaje inventado por los sueños de esos locos”, era “entrar en la locura de un edén fuera de la realidad. fuera de este infierno de quito.” (p. 73)

A las tres y siete minutos de la mañana –siete minutos de retraso– llegan a la autorruta transamazónica: seis vías hacia el norte y seis hacia el sur, separada de

Quito por un muro alto y descomunal “que la acompaña desde que llega hasta que abandona el extremo oriental de la ciudad”. ¿Acaso este muro, no representa la separación, la exclusión a que fueron sometidos los pobres del país con el descubrimiento del “oro negro” en el Oriente ecuatoriano?

Frente a ellos, el edén, “una extraña y monumental construcción color blanco: parece una meca o un templo hindú”, asoma como “perla en lodo” –¡el imperio del consumo de droga!–. Entonces, el Kinkón y el Roberédfor se ven imposibilitados de realizar su esperanza, hacer suyo el sueño de “otro” mundo posible. Porque, ciertamente, el “edén” de Quito es tan sólo un espejo que no refleja la realidad tal cual es: puede mostrar pero también ocultar las cosas: la autorruta –signo del avance y progreso de la civilización– no permite ser parte de la “sociedad de bienestar” a quienes ha decidido dejar al margen de su “vertiginoso” desarrollo socio-económico –aunque sí cohabite con sus engendros o “edenes”–. De ahí que:

a treinta metros, en el asfalto, el gigantesco cuerpo ensangrentado del negro intenta levantarse. la silla de ruedas, llena de gritos horribles y destemplados en medio de las vías, intenta moverse, huir para todos los lados, logrando apenas girar torpemente y en el mismo sitio. de pronto aparece, con un par de chorros voraces de luz, otro bólido que aplasta las últimas energías del negro. y un tercer bólido. y la silla sigue, entre ilegibles y espantosos gritos, titubeando con las ruedas, corcoveando. hasta que es suficiente un pequeño auto que codea a la silla para que se escuche un insignificante estrépito metálico y humano, y del cielo, una rueda, semiborracha, caiga en el costado opuesto de la autorruta: sola la rueda, como dirigida por un ente invisible y en sentido oblicuo, viajando de regreso a quito. (pp. 78-79)

## Conclusiones

La breve aproximación a las décadas de 1960 y 1970, cuando por América Latina asoman alientos modernizadores, nos ha servido para tratar de explicar la realidad sociopolítica del Ecuador, que llegó a caracterizarse porque hizo beneficiarios de la riqueza del Estado a grupos vinculados a la industria, al comercio y a las finanzas. Incluso los gobiernos militares, autodenominados revolucionarios y nacionalistas, no lograron canalizar un proyecto de país cuando los petrodólares abundaban y, más bien, ellos primero y después los grupos económicos de poder, se embarcaron en una carrera de libre endeudamiento, cuyas consecuencias hoy estamos vislumbrando. Es decir, no se supo dar una solución a los problemas del país, pero sí multiplicarlos.

Esos grupos de poder, ya en “democracia”, incluso han utilizado ciertos mecanismos de presión para que los presidentes estén al servicio de sus intereses y, como consecuencia, se descargue sobre las clases pobres de la sociedad el gran peso del financiamiento fiscal y de la deuda externa. Se ha insistido en un neoliberalismo-fondomonetarista, pese a la inestabilidad que ha representado para los diversos gobiernos. La indiferencia ante los pobres y su problemática ha llegado al punto de no importar verles deprimirse hasta la indigencia. Los grupos sociales pobres han sido preocupación sólo cuando pueden representar algún tipo de amenaza para el “orden público” o, en el mejor de los casos –¿se puede hablar de otro mejor?–, cuando algún político –populista o no– ha requerido de sus votos para llegar al poder. En suma, la modernización hacia el desarrollo económico y social ha

significado para el Ecuador una forma para ahondar más la crisis socio-económica que vive.

En este sentido, la emigración de una región a otra o dentro de la misma región (del campo a la ciudad) ha jugado un papel importante, pues movilizó a muchas personas con el anhelo de mejorar sus condiciones de vida. Porque, sin duda, la emigración “es la combinación de la esperanza humana y el movimiento. La esperanza se realiza a través de la noción del movimiento. La gente va a seguir buscando mejorar su vida mediante el movimiento. Ir de unos lugares que piensa que son peores hacia otros lugares que piensa que son mejores. Eso es irreversible y está en el núcleo del pensamiento humano”<sup>107</sup>.

Así, las ciudades de Quito y Guayaquil, en cierta medida, poseedoras de gran parte de la riqueza del país, se convirtieron en centros de desarrollo económico-social para la gran ola de emigrantes que se asentaron en ellas. Sin embargo, el saldo ha sido negativo para la mayoría de la población, pues la acción de los gobiernos ha resultado poco eficaz: el sistema económico impuesto, bajo presiones o no, ha marginado a un vasto sector de la población ecuatoriana, y no sólo de las diferentes etapas de la producción capitalista sino incluso del consumo de los bienes y servicios que ofrece, además, de su pérdida de representatividad ante la sociedad y, en consecuencia, que el Estado tome decisiones en su ausencia.

Esta realidad social hemos tratado de analizarla en *El rincón de los justos*, de Jorge Velasco, y en los cuentos: “leyendas olvidadas del reino de la tuentifor” y “el alma al diablo”, de Huilo Ruales. Novela y cuentos en que cobran importancia la ciudad y sus habitantes, pero en especial los marginados de la sociedad, siendo obras de ficción autónomas que recrean el mundo de injusticia social o de violencia –exterior o interior– que éstos padecen. Pero esta “denuncia” es diferente a la

---

<sup>107</sup> Entrevista a Ryszard Kapuscinski para *Letras libres*, julio 2002, año IV, n. 43, pp. 29.

planteada por el realismo social de *En las calles*, por ejemplo, pues como sabemos éste respondía a imperativos políticos, de los cuales pocos artistas o escritores de los años treinta pudieron escapar. De ahí que Icaza nos permite conocer la condición de explotación y miseria de la gente del campo por un latifundista, y de su necesidad de escapar hacia la ciudad, donde el proceso de discriminación racial y económico-social, que empezaba a gestarse, hará su supervivencia más conflictiva. Ahí será parte del incipiente proletariado y, por su escasa preparación, más propiamente del lumpen proletariado, al margen del modo de producción capitalista.

En nuestros días, gran parte de la población inmigrante tampoco ha sido integrada a la sociedad, siendo marginada y relegada a vivir en tugurios en el centro de las ciudades o a salir hacia barrios periféricos de las mismas. Así sucede en la novela de Velasco Mackenzie, la renovación urbana expulsa a los pobres de Matavilela (inmigrantes de un barrio tugurizado en el centro de Guayaquil) hacia el Guasmo (zona periférica de la ciudad). Pero, a más de este hecho que refiere la esperanza del arraigo para los habitantes de la casa del patio, se observa en torno al drama de la vida de cada uno de ellos, una actividad diaria que muestra los rasgos de una cultura popular urbana que, aún presente en la memoria, se incorpora a la novela a través de algunos hechos simbólicos. Por ejemplo: procesiones, fútbol y pelea callejeros, asistencia a espectáculos masivos como el cine, reunión de amigos en torno a la rockola de un bar para desahogar penas o revivir esperanzas, leer historietas en un puesto de esquina, que incluye el consumo de novelas “rosa”.

Es decir, fenómenos corrientes, cotidianos, propios de una cultura de masas, que por lo mismo no olvida la presencia de la música –a ratos acompañando el desarrollo de la novela–, que difundida a través de la radio puede crear mitos como el cantor popular Julio Jaramillo, a quien se le rinde un homenaje en el *cuento* de Erasmo, etc.; música popular que, además, es contrapuesta a la música rock (Janis

Joplin, Santana, Frank Zappa...) escuchada por la “alta cultura”, en la búsqueda de insertarse en una cultura más universal, donde la música juega un papel importante. Esto deja entrever la posición del autor a favor de la cultura popular, que sin embargo, no le impide observar ciertos rasgos de la “alta cultura” presentes en la forma de vida o actividad que desarrollan los Ratas o las Damas de la Caridad.

En uno de los cuentos de Huilo Ruales, en cambio, hay la visión futurista de una ciudad: el centro de Quito devastado por un terremoto y poblado por indigentes abandonados a su suerte. La vida de ellos es, en realidad, anónima, por lo que el autor incluso ha preferido etiquetarlos: Roberédfor, Virgencita, Kinkón, etc., no sólo para remarcar su marginalidad sino para oponerlos a cierta cultura o religiosidad oficiales –nótese, además, la influencia del cine en la selección de tales etiquetas–. Este gran tugurio está aislado del resto de la ciudad: es su “otro” rostro; y en él, estos personajes, degradados y sin ningún poder en la sociedad, deambulan por las calles llevando una vida oscura y rutinaria; algunos, como Roberédfor o Jesús, dejan traslucir la causa oculta de su frustración, que, en apariencia, los ha conducido a ser los reyes del “verbo” en el submundo de Quito. Sin embargo, pese a la adversidad, a saberse en un “infierno” imposible de eludir, sueñan con el absurdo de un mundo mejor: un “edén”, una de las leyendas del reino de la tuentifor, que finalmente, por ser un espejismo, desencantará.

Por otra parte, notamos en la construcción de las obras analizadas un interés por la innovación técnica y el re-descubrimiento del lenguaje, incluso violentando las normas establecidas por la academia. Así, en *El rincón de los justos*, en la línea de lo coloquial, se pretende recuperar la lengua en sus giros y expresiones populares en contraposición al lenguaje literario; pero, sin duda, hay también en dicha escritura el trabajo del escritor, pues toma un sistema lingüístico local, lo elabora con fines artísticos, y lo eleva a categoría literaria. (En *En las calles*, por ejemplo, el registro

del dialecto de los personajes se lo hace con fines de ambientación realista, pero se lo separa del lenguaje que utiliza el autor.) Por ello, creemos, con Cecilia Ansaldo, que esta novela “exhibe como uno de sus logros un equilibrio lingüístico que bien puede identificarse como un estilo, el estilo de Jorge Velasco”, pues el nivel de lenguaje utilizado “jamás se alinea en extremos radicales de jerga, en localismo indescifrable, en nomenclatura rabiosamente cifrada. A lo coloquial se le ha sacado todo el partido posible, a lo popular se lo usa con mesura y hasta se lo ‘traduce’ desde un legítimo recurso de ficción.” (*Op. cit.*, p. 5) Mientras que Ruales, también dentro de lo coloquial (el de los jóvenes quiteños), denota una expresa voluntad por la experimentación del lenguaje que, a decir de Vladimiro Rivas: “tal es su ansiedad por reproducir el habla que conoce, que a menudo acaba convirtiendo su escritura en una escritura fonética”. Todo lo cual, creemos, redundará en la búsqueda de un lector más atento al mundo narrado.

De hecho, estas obras y sus autores se insertan en la actual narrativa latinoamericana, que ha dejado atrás el relato grandioso y trascendental del *boom* literario en su búsqueda de crear referentes universales para nuestro continente. Es decir, ahora la importancia del relato está más bien en lo local, incluso de la realidad cotidiana que puede circunscribirse a grupos reducidos o marginales, como hemos analizado. En este sentido, constituyen relatos que son parte de la memoria del escritor y su tiempo, porque en estos momentos, como afirma G. Grass, el escritor “puede erigirse, como mucho, en memoria de un pueblo, pero nunca en su conciencia, a riesgo de que la nación pierda su propia conciencia. Nosotros recordamos lo que se intenta encubrir, apartar y disfrazar con mentiras. Esta es la tarea, aunque nunca se podrá prever el final del proceso”<sup>108</sup>. Al describir a los

---

<sup>108</sup> Günter Grass [y] Juan Goytisolo, *Diálogo sobre la desmemoria, los tabúes y el olvido*. Dos escritores comprometidos conversan sobre la función del intelectual en la sociedad contemporánea, Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de lectores, 1999, p. 15.

marginales o excluidos de la sociedad, el autor expresa la vigencia de un mundo violento e injusto; pero alejado ya del realismo social, con la fuerza de la libertad de su imaginación creadora, nos ofrece con mayor profundidad y significado el mundo narrado. En nuestro caso, gracias a una “estética” de lo marginal.

La violencia –también presente en la novela latinoamericana desde sus inicios<sup>109</sup>–, aparece en *En las calles* a manera de denuncia programática, con toda su crudeza externa, tanto en el ámbito rural como urbano. Mas en la narrativa de hoy, su presencia es más sutil, a través precisamente de la “estetización” de lo narrado. Así, en “leyendas olvidadas...” la represión política de los paradigmas a órdenes del gobierno; o con otras variantes en *El rincón de los justos*, cuya suma nos convoca a hablar de una cultura de la violencia, que se ejerce ya no sólo desde una autoridad superior, sino entre la gente de un mismo barrio por haber violado ciertos códigos de convivencia. Sin embargo, Sebastián no es sólo el “hombre temible” de Matavilela, es también el ser humano que vive su conflicto existencial a semejanza de San Sebastián; situación parecida a la que se crea entre la Narcisa Puta y la Narcisa Virgen; o el “paralelo” que se busca entre Jesús de “el alma al diablo” y el Mesías de los evangelios. Es decir, la ficcionalización de personajes reales o históricos a fin de conseguir una “estética cultural” diferente, que se aparta de la simple “imitación” de personas o realidades concretas.

Además, con estos personajes y sus ambientes, descubrimos la existencia de una ciudad dividida, marcada en pequeños territorios que otorgan cierta seguridad, unos como zona roja (*El rincón de los justos*), o como sector que vive en ausencia de otros modernos (“leyendas olvidadas...”). Es la configuración de una ciudad fragmentada que establece nuevas relaciones sociales entre sus miembros, pero que desdican de ella como centro de convergencia humana. Tal vez más próxima a

---

<sup>109</sup> Ariel Dorfman, “La violencia en la novela hispanoamericana actual”, en *Imaginación y violencia en América*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1970, p. 9.

una ciudad apocalíptica sumergida en su propia ruina, devastada por la mezquindad humana, que se interroga –como el epígrafe del cuento de Ruales: “¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?”– y nos interroga en espera de una respuesta. El “edén” terrenal como propuesta de la modernización ha sido la constatación del fracaso de su modelo: el lugar perfecto para la plenitud humana ha impedido incluso la “comuni3n” entre los mismos seres humanos. De ah3 la necesidad de renacer en “otro” lugar y con “otra” gente.

En definitiva, creemos haber analizado una narrativa dentro de su contexto social, que si bien nos muestra una suma de historias individuales o colectivas, que dan cuenta de situaciones y aspectos de una realidad olvidada, son historias que al recrear esos mundos nos permiten mirarnos en el espejo de los diferentes, saber de la existencia del “otro” para aprender a convivir con el “otro” y no contra el “otro”.

## Bibliografía

- AA. VV., *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983. Interesan dos ensayos: el de Cecilia Ansaldo sobre el cuento y el de Diego Araujo sobre las tendencias de la novela.
- Abad, Gustavo, "El Quito de las absurdas soledades", en *El Comercio* (Quito), 13 de mayo de 1994. Entrevista a Huilo Ruales.
- Acosta, Alberto, *Breve historia económica del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1998.
- Aínsa, Fernando, *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2002.
- Alarcón Costa, César, *Sector informal: ¿Problema o solución?*, Quito, Fundación Ecuatoriana de Desarrollo (FED), 2ª edición, 1990.
- Ansaldo, Cecilia, "El rincón de los justos", en *Cuadernos*, Revista de la Escuela de Literatura de la Universidad Católica de Guayaquil, n. 12, agosto, 1984, año 7.
- Araujo, Diego, "Estudio introductorio", en Luis A. Martínez, *A la Costa*, Quito, Libresa, 1989. (Colección Antares, n. 2)
- Ayala Mora, Enrique, *Resumen de Historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1993.
- Báez, René, "La quimera de la modernización", en Varios Autores, *Ecuador: pasado y presente*, Quito, Libresa, 1995. (Primera edición actualizada.)
- Ballesteros, Jesús, *Posmodernidad: Decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos, 1994.
- Becker, Alfredo; Velasco, Paúl y Villavicencio, Gaitán, *Pobreza urbana. Los desafíos de la economía popular en una etapa de crisis*, Guayaquil, CER-G/ FIA, 1990.
- Calderón, Fernando; Castro Abad, Rafael, et. al., *Guayaquil: realidades y desafíos*, Quito, Cordes, s.f. (aprox. 1989-90)
- Calderón Chico, Carlos, "Entrevista a dos tiempos con Jorge Velasco Mackenzie", en *Letras del Ecuador*, n. 171, (Quito) abril, 1988.
- Calvino, Italo, "La ciudad escrita: epígrafes y graffiti", *Colección de arena*, Madrid, Alianza, 1987.
- Carpentier, Alejo, *Tientos y diferencias*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1987.
- Carrión, Fernando, "Centro histórico de Quito: notas para el desarrollo de una política urbana alternativa", en *Centro histórico de Quito: Problemática y perspectivas*, Dirección de Planificación, I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transporte, Junta de Andalucía, España. Quito, 1990.

- Centro de estudios de población y paternidad responsable – CEPAR, *Migraciones internas en el Ecuador*, Quito, junio 1986.
- Concha Eastman, Alberto; Carrión, Fernando; Cobo, Germán (eds.), *Ciudad y violencia en América Latina*, Quito, Programa de Gestión Urbana - PGU, 1994.
- Collier, David, *Barriadas y elites: de Odría a Velasco*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978. (Versión castellana: Leonor León de Williams)
- Donoso Pareja, Miguel, *Nuevo realismo ecuatoriano*, Quito, Eskeletra Editorial, 2002.
- Dorfman, Ariel, *Imaginación y violencia en América*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1970.
- Eroles, Carlos, "La marginalidad social: un desafío moral", en *Asuntos culturales*, n. 5, (Buenos Aires) abril-mayo de 1989.
- Espinosa, Simón, *Presidentes del Ecuador*, Guayaquil, Vistazo, 1998.
- Espinosa Apolo, Manuel, Introducción a *Parías, perdedores y otros antihéroes*, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999.
- Estrada Ycaza, Julio, *Regionalismo y migración*, Guayaquil, Archivo Histórico del Guayas, 1977.
- Fernández, Teodosio, "Narrativa hispanoamericana del fin de siglo. Propuesta para la configuración de un proceso", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 604, Madrid, octubre de 2000.
- Galeano, Eduardo, *El fútbol a sol y sombra*, Madrid, Siglo veintiuno, 2003, 2ª. ed. ampliada.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- Germani, Gino, *El concepto de marginalidad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1973.
- Giddens, Anthony, *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 2002.
- Giraldo Isaza, Fabio, "La ciudad: la política del ser", en Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.), *Pensar la ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.
- Godard, Henry René, *Quito, Guayaquil: Evolución y consolidación en ocho barrios populares*, Quito, IFEA-CIUDAD, 1988.
- Günter Grass [y] Juan Goytisolo, *Diálogo sobre la desmemoria, los tabúes y el olvido*. (Dos escritores comprometidos conversan sobre la función del intelectual en la sociedad contemporánea), Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 1999.
- Herrera, Jimmy, "Negativo del escritor: Huilo Ruales Hualca", en *La Hora Cultural*, (Quito) 30 de abril al 6 de mayo de 1995.
- Icaza, Jorge, *En las calles*, Quito, Imprenta Nacional, 1935.
- "Invasión", en *La liebre ilustrada*, n. 141, (Quito) 16 de agosto de 1987.
- Jara Jiménez, Cronwell, "Visión de la violencia y del paisaje urbano de Lima en dos nuevas novelas", en Karl Kohut, José Morales Saravia, Sonia V. Rose (eds.), *Literatura*

- peruana hoy. Crisis y creación*, Frankfurt. Madrid, Vervuert Verlag-Iberoamericana, 1998.
- “Jorge Velasco: De la pintura a la literatura”, *Letras del Ecuador*, n. 173, (Quito) mayo-agosto de 1990.
- “Jorge Velasco, escritor de resonancias”, en *La liebre ilustrada*, n. 67, (Quito) 9 de marzo de 1986.
- Kapuscinski, Ryszard: entrevista para *Letras libres*, n. 43, año IV, México, julio 2002.
- Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999.
- Le Goff, Jacques, *La civilización del Occidente Medieval*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Merino, Mauricio, “El pueblo”, en Enrique Florescano (coord.), *Mitos mexicanos*, México, Taurus, 2001.
- Monsiváis, Carlos, “Los espacios marginales”, en *Debate feminista*, año 9, vol. 7, abril 1998.
- Müller, Ania, “Desarraigado arraigado en el laberinto humano”. Entrevista a Huilo Ruales en *Chasqui, Mensajero de Iberoamérica*. Berlín 9 de Julio de 2004 (URL: <http://www.chasqui.de/index.php?ch=noticia&idn=>)
- Ojeda, Enrique, *Ensayos sobre las obras de Jorge Icaza*, Quito, CCE, 1991.
- Quijano, Aníbal, “Marginalidad e informalidad en debate”, en *Memoria*, Revista mensual de política y cultura, n. 131, enero 2002. (URL: <http://www.memoria.com.mx/31/quijano.htm>)
- “El placer de escribir”, en *La liebre ilustrada*, n. 8, (Quito) 30 de septiembre de 1984. (Sobre Huilo Ruales)
- Rojas, Ángel F., *La novela ecuatoriana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
- Rojas, Milton y Villavicencio, Gaitán, *El proceso urbano de Guayaquil, 1870-1980*, ILDIS-CER-G, 1988.
- “El rincón de Velasco Mackenzie”, en *La liebre ilustrada*, n. 28, (Quito) 9 de junio de 1985.
- Rivas Iturralde, Vladimiro, *Desciframientos y complicidades*, México, Dirección de Difusión Cultural, 1991.
- Ruales Hualca, Huilo, “Leyendas olvidadas del reino de la tuentifor” y “El alma al diablo”, en *Fetiche y fantoche*, Quito, Edipuce, 1994.
- Sáenz, Álvaro, “Población y migraciones en los ciento cincuenta años de vida republicana”, en *Economía. Ecuador: 1830-1980*, Libro del sesquicentenario, t. III, Quito, Corporación Editora Nacional, 1983.
- Salvador Lara, Jorge, *Breve historia contemporánea del Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Silva, Armando, *Imaginario urbanos*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 2000.

Ubidia, Abdón, *Referentes* (Ensayos), Quito, El Conejo - Universidad Andina - Abya-yala, 2000.

“Un diálogo con Huilo Ruales”, *Letras del Ecuador*, n. 172, (Quito) enero-abril 1990.

Vallejo, Raúl, “Petróleo, J. J. y utopías. Cuento ecuatoriano de los 70 hasta hoy”, en *Kipus*, n. 4, (Quito) 1995-1996.

Vallejo, Raúl, “Estudio introductorio”, en Velasco Mackenzie, Jorge, *El rincón de los justos*, Quito, 1990. (Colección Antares, n. 53)

Vargas Llosa, Mario, *García Márquez: historia de un deicidio*, Caracas, Monte Ávila, 1971.

“Velasco: El premio mayor”, *Vistazo*, n. 436, octubre 18, 1985.

Velasco Mackenzie, Jorge, *El rincón de los justos*, Quito, El Conejo, 1983.

Vicuña Izquierdo, Leonardo, *Economía ecuatoriana 1986-87. Crisis, violencia, miseria*, Guayaquil, Editorial de la Universidad de Guayaquil, 1988.

Werner, Hans, “Procesos de modernización y marginación social y política: el caso de México porfirista”, en Martín Lienhard y Juan Rigoli, coord., *Culturas marginadas y procesos de modernización en América Latina*, Societé suisse des Américanistes, Bulletin 59-60, 1995-1996.

Zapata, Cristóbal, “Estudio introductorio”, en Ruales Hualca, Huilo, *Historias de la ciudad prohibida*, Quito, 1997. (Colección Antares, n. 140)